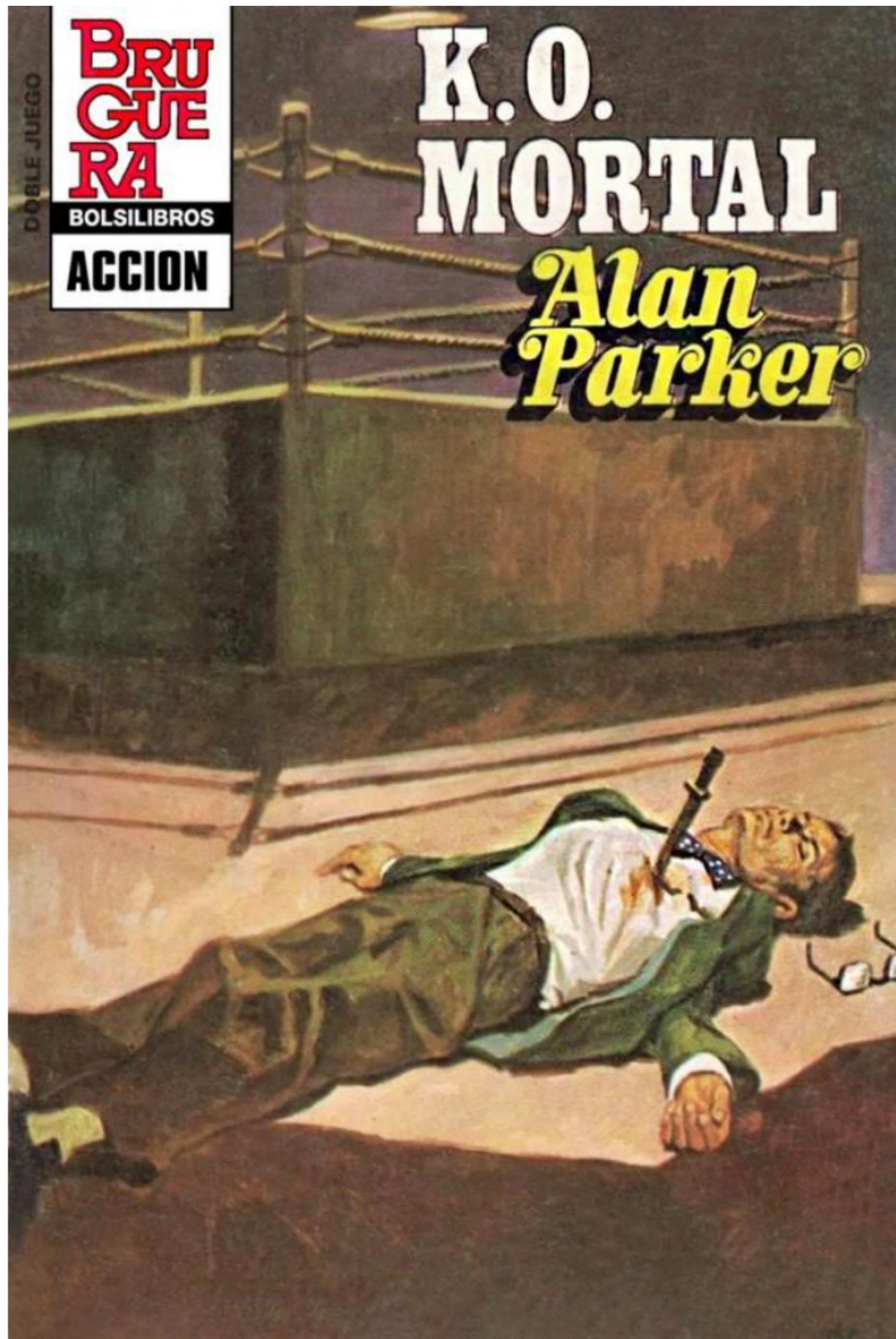
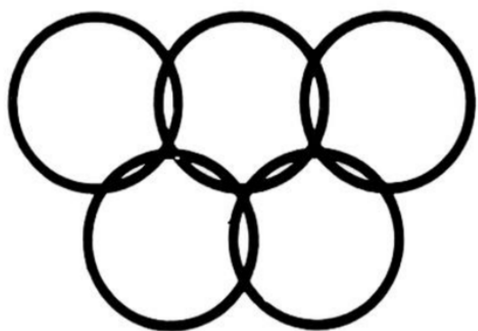

DOBLE JUEGO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION
K.O. MORTAL
Alan Parker



COLECCION

DOBLE JUEGO



ALAN PARKER

K. O. MORTAL

Colección
DOBLE JUEGO n.º 64
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 13.906-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1983
1.ª edición en América: diciembre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1983

PRÓLOGO

Londres, 14 de mayo de 1968

El día del combate, mi padre estaba más contento que unas pascuas.

Claro que ignoraba lo que iba a ocurrir después, poco antes de subir al *ring*.

Recuerdo que todo comenzó del modo siguiente:

Mi padre se había estado entrenando duramente durante los últimos quince días para su combate contra el campeón londinense de los medios, Jack Silver. Nunca le había visto tan contento ni tan esperanzado.

—Hijo... —me repetía una y otra vez—. Esta vez te vas a sentir orgulloso de mí.

—Ya lo estoy, papá, y mucho —le respondía yo.

—Lo sé. Eres un buen muchacho. Pero en esta ocasión te vas a sentir más orgulloso que nunca porque voy a ser el nuevo campeón de los medios de este país. Y a partir de ahí, la fama. Sí, porque no pararé hasta disputarle el campeonato del mundo a ese americano llamado Tulley. ¿Sabes? Pienso tumbarle del primer sopapo. Y luego nos haremos ricos y tú podrás ir a estudiar a Cambridge. ¿Qué te parece?

—¡Fantástico, papá! Quiero ser médico.

—Pues serás médico. El mejor médico del mundo. Palabra de Gino Lacambra.

Sujetando un viejo maletín con una mano y la otra sobre mis hombros nos fuimos al Gim Park, el local donde se iba a celebrar la pelea, en un taxi. Recuerdo que llovía a cántaros. Mi padre iba silbando mientras contemplaba la lluvia a través del empañado cristal del coche.

Y su mente fabricaba sueños...

Sueños que jamás vería realizados.

Cuando bajamos del taxi, unos individuos se acercaron a mí padre para pedirle un autógrafo. Mi padre apenas sabía escribir, pero eso no tenía demasiada importancia. Con un simple garabato era más que suficiente y sus admiradores se iban tan contentos.

Porque mi padre tenía muchos admiradores.

Era un boxeador oscuro y poco brillante, pero todo corazón y entrega. En el *ring* era un verdadero león. Lo daba todo. Y siempre había sido un hombre íntegro. Jamás se había sometido a los turbios manejos de los promotores.

Por eso tenía tantos admiradores...

Y yo el primero.

Le adoraba.

Veía en él al luchador infatigable, al hombre a quién la vida no le había regalado absolutamente nada y que sin embargo, jamás se había dado por vencido; veía en mi padre al hombre bueno e íntegro y lleno de esperanza y de ilusión por la vida a pesar de no haber tenido excesivos motivos para ello.

Ese era mi padre.

Un gran hombre.

Pero aquella noche, le obligaron a dejar de serlo.

El entrenador de mi padre se llamaba Sponey. Era un tipo delgado y con nariz aguileña. Tenía unos sesenta años. En su juventud había sido un buen boxeador. Yo solía llamarle «abuelo» y a él le gustaba que le llamara de ese modo porque no tenía familia.

Era un hombre bastante alegre, y sin embargo, aquella noche estaba triste.

Yo le estaba observando desde un rincón del vestuario mientras vendaba una mano a mí padre. Tenía un rictus crispado y no paraba de contraer las mandíbulas.

«A ese le pasa algo...», me dije.

De repente, se abrió la puerta y entraron dos hombres. A uno le conocía, al otro no. El que yo conocía se llamaba Vincent. Era un hombre importante dentro del mundo del boxeo, un promotor o algo así. Vestía con mucha elegancia y llevaba una rosa en el ojal de su americana oscura.

El tal Vincent le hizo un gesto con la cabeza a Sponey para que este abandonara el vestuario. El otro tipo le abrió la puerta y luego se quedó junto a la misma con ambas manos en los bolsillos.

Vincent jamás me había caído bien. Me parecía un mal individuo, de esos de los que uno no se debe fiar nunca. Tenía unos ojitos que taladraban y un mentón agresivo.

—¿Qué tal, Gino? —le preguntó a mí padre.

—Bien, señor Vincent —respondió mi padre sonriendo—. ¡Esta noche va a tener un nuevo campeón en su equipo!

Vincent le puso una mano sobre el hombro a mí padre.

—Gino, ha habido cambio de planes —le dijo.

—No le entiendo... —respondió mi padre mirando con sorpresa al promotor—. ¿Qué quiere decir, señor Vincent?

El promotor me miró.

—Será mejor que el chico salga un momento. Tenemos que hablar confidencialmente, Gino.

—¡No quiero irme! —protesté yo.

—Déjelo, señor Vincent —dijo mi padre.

—Llévatelo —le ordenó Vincent al otro tipo.

Y aquel hombre me cogió por el brazo y me sacó del vestuario. Luego cerró la puerta. Yo pegué el oído a la misma. No quería perderme nada de lo que ocurría allí dentro.

—Gino —le estaba diciendo Vincent a mí padre—. Cómo te decía, ha habido cambio de planes. Tienes que dejarte ganar en el séptimo asalto.

—¿Qué...? —la voz de mi padre pareció un lamento.

—Ya lo has oído. Tendrás tu oportunidad más adelante.

—¡Ni hablar, señor Vincent! —gritó mi padre enfurecido—. ¡Jamás me he sometido a esa clase de juego y tampoco voy a hacerlo ahora!

Se hizo un corto y tenso silencio.

—No lo entiendes, imbécil —volvió a decir Vincent—. No te queda otro remedio que aceptar. ¿Comprendes? O eso o no vuelves a pisar un *ring* en toda tu miserable vida.

—Pero...

—Gino, está todo decidido —le cortó secamente Vincent—. Te dejarás caer en el séptimo asalto y dentro de algún tiempo, tendrás una nueva oportunidad.

Me aparté de un salto de la puerta cuando oí que los dos hombres se dirigían hacia la misma. Al salir, Vincent me miró con antipatía. Yo no le caía bien ni él a mí tampoco.

Encontré a mí padre deshecho, con la cabeza baja y los hombros caídos. Era la viva imagen del hombre derrotado. Pero al verme, intentó sonreír.

—No pasa nada, muchacho —me dijo acariciándome los cabellos—. No pasa nada...

Aquella noche asistí al más trágico espectáculo que había presenciado en mi corta vida.

Cada golpe que Jack Silver le daba a mí padre, era como si me lo estuvieran dando a mí. Vi a mí padre sangrar por la nariz y por la boca y en el quinto asalto, cayó por la cuenta de siete.

A partir de ese momento, mi padre fue un muñeco en manos del campeón.

Silver le destrozó a golpes.

En el séptimo asalto, un *crochet* del campeón puso a mí padre contra las cuerdas y luego le estuvo pegando hasta cansarse. Finalmente, mi padre cayó de rodillas, sangrando, destrozado, con los ojos en blanco.

Aquel fue el final del combate y también de su vida, porque a consecuencia de aquellos terribles golpes, mi padre moría tres días después en un hospital sin haber recobrado el conocimiento.

Y la noche de su muerte, yo lloré mucho y juré vengarme.

CAPÍTULO PRIMERO

Londres, 9 de setiembre de 1982

Sonny Ortiz era un mexicano que pegaba fuerte, pero que apenas tenía técnica. Algunos le llamaban *el Loco.*

Pero aquella noche, se encontró con la horma de su zapato. Su contrincante, Jimmy Baston, un jamaicano con cara feroz, le estaba dando una buena paliza sobre el *ring*. Baston pegaba más fuerte que el *Loco,* lo cual ya era decir mucho.

Sonny Ortiz iba de un lado al otro del cuadrilátero como un pelele. Baston le estaba zurrando a base de bien. Por fin, el cuidador del mexicano levantó un brazo y luego arrojó la toalla. Sonny regresó a su rincón dando traspiés y cuando se sentó en la banqueta, vomitó sangre. La paliza había sido atroz.

Se lo llevaron a los vestuarios en una camilla en medio del clamor del público que gritaba: «¡Tongo!»

David Miles, el cronista deportivo especializado en boxeo del periódico *The Sport,* sonrió amargamente y pensó.

«¡Tongo! Esa gente es idiota. ¿Es que no ven que el pobre Ortiz está medio muerto?»

Luego, Miles se fue a los vestuarios. El túnel que conducía a los mismos olía a linimento y a orines. Un policía le salió al paso. Miles le mostró su credencial. El poli le dijo:

—Hay un montón de colegas suyos esperando noticias acerca de ese pobre mexicano. Le he visto cuando le traían... Creo que la va a palmar.

—¿Por qué no cierra el pico? —le dijo David Miles con un gruñido.

El periodista se alejó por el túnel dejando al policía con la boca abierta y el ceño fruncido.

Miles se reunió con sus colegas. Estaban todos apiñados frente a la puerta del vestuario de Sonny Ortiz.

—¿Qué tal, David? —le preguntó uno. Era un tipo gordo y sudoroso. Fumaba un apestoso puro.

—Hola —respondió el aludido—. ¿Hay noticias?

—Se muere...

—¿Seguro?

—Me apostaría el cuello. El médico está con él.

—¡Mierda! —murmuró David y luego se recostó en la pared. Encendió un cigarrillo y miró a sus colegas. Aves de rapiña. Todos, incluido él, eran aves de rapiña.

El doctor apareció a los pocos minutos.

—Está mal —dijo antes de que le preguntaran—. Vamos a llevarle al hospital.

La ambulancia llegó en menos de cinco minutos y en par de camilleros se llevaron al pobre mexicano. Tenía los ojos cerrados y la cara hinchada por los golpes. La sangre manchaba su pecho y sus brazos. Era atroz. David sintió un escalofrío.

Luego apareció su contrincante, Jimmy Baston. El jamaicano estaba triste y cabizbajo.

No iba solo. Le acompañaba un hombre. Tendría unos sesenta y pico de años. Pero se conservaba bien. Elegante, con una rosa en el ojal de su impecable americana. Se llamaba Vincent, uno de los más famosos promotores de boxeo del país.

—Esto no le gusta a nadie —dijo dirigiéndose a los periodistas—. Esta es una noche muy triste para mí, muchachos. ¡Pobre Ortiz!

—¡Es usted un cínico, señor Vincent! —se oyó de pronto. El que había hablado era un periodista del *London Sport.* Se llamaba Di Blasio. Era un muchacho agresivo, listo y demoledor en sus artículos.

Vincent entornó los ojos.

—¿Por qué ha dicho eso, señor Di Blasio? —preguntó sin levantar la voz.

—Porque este combate lo ha organizado usted y sabía perfectamente lo que le iba a ocurrir a Ortiz. ¿Verdad, Baston?

El jamaicano no dijo nada.

—¿Está intentando decirme que he jugado sucio? —volvió a preguntar Vincent.

—Por supuesto. Y así lo haré constar mañana en mi periódico. Lo de hoy ha sido una carnicería que se podía haber evitado si no entrara en sus planes que Baston se convierta en el nuevo ídolo del público londinense. Usted necesitaba un triunfo espectacular del jamaicano y lo ha conseguido a costa del *Loco,* ese pobre desgraciado que con toda seguridad no llegará a mañana.

—¡Publique eso y le llevaré a los tribunales, Di Blasio! —ladró Vincent.

El promotor se alejó con su pupilo en dirección a un lujoso automóvil junto al cual había uno de los matones de Vincent esperando.

—Un día de estos te van a cortar la lengua, Di Blasio —le dijo David Miles.

—Alguien tiene que decir las verdades, David —le respondió Di Blasio

—. Nuestro boxeo está podrido porque lo manejan tipos como Vincent.

—Ándate con cuidado con él —le recomendó Miles—. Es un mal enemigo.

El túnel se vació a los pocos minutos.

Las aves de rapiña volaron cada una a su nido.

* * *

Miles se encerró en su habitación del periódico para escribir su artículo de aquella noche acerca de la paliza que le habían dado a Ortiz. Él también estaba de acuerdo con la opinión de Di Blasio. El boxeo de aquel país estaba podrido por culpa de hombres como Vincent. Pero este no era el único. Había más. Y todos ellos estaban apiñados, formaban una peligrosa mafia...

Pero Miles no escribió nada de eso en su artículo. Se limitó a comentar la velada. No quería líos. Se ganaba el pan con aquello y no estaba dispuesto a que un día el jefe le dijera: «Chico, pásate por caja. Quedas despedido. "Los colegas" se han quejado de ti».

«Los colegas» eran los promotores. Y los promotores eran los que manejaban el negocio del *ring*. Existían demasiados intereses de por medio como para atreverse a jugar con ellos.

El pobre Di Blasio lo tenía mal...

Miles terminó su artículo, lo dejó encima de la mesa de su jefe y salió a la calle. Estaba lloviendo.

Se metió en una cabina y llamó a una chica.

Quince minutos después, una preciosa morena le abría la puerta de su apartamento. Llevaba una curiosa combinación escotada hasta el ombligo.

—¿Qué tal, Ethel? —le preguntó Miles dándole un beso en la boca.

—Hueles a linimento —le dijo ella cerrando la puerta.

—Vengo de una velada de boxeo.

—Lo suponía.

Miles se dejó caer en una butaca y ella le preparó un *whisky*.

—Tienes mala cara —le dijo la chica entregándole el vaso y tomando asiento en las rodillas del muchacho.

—He visto agonizar a un pobre desgraciado. Le han dado una paliza de muerte. ¿Y todo para qué? Para encumbrar a un nuevo ídolo. ¡Qué asco!

—Si odias tanto el boxeo, ¿por qué sigues en él, David?

—Porque no sé hacer otra cosa que escribir sobre boxeo, nena. Te aseguro que si fuera millonario, me dedicaría a pescar desde mi yate.

—Conmigo a tu lado, tomando el sol desnudita... ¡Humm! ¡Qué delicia de sueño!

Miles le puso un dedo en el escote.

—Vamos a la cama, nena.

Ella sonrió.

Y poco después, se acostaban y hacían el amor de un modo un tanto ruidoso.

Eso ocurría alrededor de las dos y media de la madrugada...

* * *

Una hora después, es decir, aproximadamente a la tres y media, Vincent bajaba de su lujoso automóvil y se metía en su villa situada en las afueras de la ciudad.

Entró en el salón y se despojó de la gabardina. Se sirvió un jerez y tomó asiento junto a la chimenea. Di Blasio le había puesto de mal humor. Habría que tener cuidado con aquel maldito periodista. Era un bicho peligroso.

Vincent se llevó una mano al estómago. La cena había sido demasiado pesada y él ya no estaba para aquellos trotes. Apuró el jerez y se dirigió lentamente a las escaleras que conducían a su habitación. En ese instante sonó el teléfono.

Vincent lo descolgó.

—¿Sí?

Se escuchó una especie de lamento, como si se tratara de alguien que se está muriendo.

—¿Quién es? —preguntó Vincent.

—Te quedan pocas horas de vida, Vincent —se oyó al otro lado del hilo telefónico.

El promotor sintió un escalofrío que le recorría la espalda, pero reaccionó inmediatamente. Estaba seguro que se trataba de una broma de mal gusto.

Colgó y volvió a subir los escalones.

El teléfono sonó de nuevo.

El promotor lo descolgó con rabia.

—¡Oiga, amigo! —bramó—. ¡No estoy para bromas a estas horas de la noche!

—No es ninguna broma, Vincent... No llegarás vivo a mañana...

Aquella voz...

Juraría que no le era del todo desconocida...

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó el promotor sintiendo un sudor frío en la frente.

Clic.

La comunicación se había cortado.

Vincent se quedó con el teléfono en la mano, como un idiota. Era una broma. Sí, era una broma de alguno de sus amigos. ¡Eso es! Vincent se echó a reír. Seguramente se trataba de Morris, a ese le gustaba gastar

bromas.

Al día siguiente, cuando vio a Morris en el club, le estuvo hablando de su broma.

—Por un momento creí que iba en serio —dijo Vincent echándose a reír—. ¡Mira que tienes mala leche!

—Yo no te llamé por teléfono, Vincent —le respondió Morris muy serio.

Ahora, el que se puso repentinamente serio fue Vincent. Miró a su amigo.

—¿De verdad? —preguntó el promotor.

—Te lo juro. Me gustan las bromas, pero no de ese tipo. Son de mal gusto. Mira, yo no me preocuparía demasiado. El que te amenazó dijo que no llegarías vivo a hoy. Y sigues vivo, ¿no?

—Tienes razón. Pero puedo haberlo dicho para que me confíe.

—Anda, olvida eso. Vamos a comer.

Comieron en el lujoso restaurante del club y después se despidieron.

Vincent se dirigió a su automóvil. Su chófer y guardaespaldas se apresuró a abrirle la portezuela.

—¿Adónde vamos, señor Vincent?

—A la oficina.

—Sí, señor.

Vincent se recostó en el asiento y encendió un cigarrillo. Morris tenía razón; era mejor olvidar aquella llamada de la noche anterior. Con toda seguridad se había tratado de una broma...

Sin embargo, aquella voz que había oído...

De repente, tuvo lugar una tremenda explosión y el coche saltó por los aires.

El cuerpo de Vincent y el de su guardaespaldas quedaron hechos añicos en la carretera.

No les habría reconocido ni su propio padre.

CAPÍTULO II

Comienza la caza

Cuando llamaron a su casa al inspector John Adams, este se encontraba en la cama con una chica rubia llamada Alice, vecina suya. Y lo estaba pasando demasiado bien como para que aquella inoportuna llamada le hubiera entusiasmado.

John Adams era un hombre de unos treinta años, bien parecido y bastante eficaz en su trabajo. Se conocía a todo el hampa de Londres. Pero sobre todo era un gran aficionado al boxeo.

Después de colgar el teléfono, John saltó de la cama lamentando profundamente tener que abandonar aquel precioso cuerpo donde abundaban generosamente las curvas, aquellas mismas curvas por las que a él tanto le complacía deslizarse.

Pero lo primero era lo primero y ahora, lo primero era trasladarse a Green Meadow, el lugar donde había ocurrido la tragedia.

Se despidió de la chica anunciándole que procuraría estar de regreso al anochecer, bajó al parking, se montó en su coche y salió a toda velocidad.

Cuando media hora después llegaba a Green Meadow, tuvo que abrirse paso entre una columna de curiosos. Vio a su ayudante, el joven Sabatini, cojeando a causa de una caída durante un entrenamiento de karate. Era un buen muchacho aquel italiano, silencioso, eficaz, servicial...

—Hola, jefe —le saludó.

—¿Qué tal, Sabatini?

—Una carnicería.

—Ya lo veo. ¿De quién se trata?

—Según la documentación que hemos podido encontrar de un tal Jeff Craig y de Burt Vincent.

—¿Burt Vincent?

—Sí. ¿Le conocía?

—Era un conocido promotor de boxeo. Un gánster más bien. ¿Qué dice el forense?

—Una bomba. ¡Pum! Los dos por los aires.

—Echaremos un vistazo.

Adams se llevó un cigarrillo a los labios y dio una vuelta alrededor de aquel amasijo de restos calcinados y salpicones de carne humana. Era un

espectáculo desagradable, incluso para él que tenía un estómago a prueba de bomba.

Luego estuvo, hablando con el forense, el viejo O'Hara. Le confirmó lo que le había dicho Sabatini.

—No han tenido tiempo ni de encomendar si alma a Dios —le dijo el forense.

—De todos modos, Vincent no hubiese ido al cielo —comentó Adams —. Tiene demasiados pecados sobre su conciencia.

Adams se tropezó de pronto con un buen amigo.

—¿Qué tal, Miles?

El periodista estaba un poco pálido.

—He oído decir que uno de los cadáveres es el de Vincent —dijo Miles.

—Así es.

Di Blasio, que no se encontraba muy lejos de ambos hombres, comentó:

—No puedo decir que lo lamente. Alguien le ha dado su merecido.

Miles y Adams se alejaron lentamente. Eran buenos amigos y unidos por una misma afición: el boxeo.

—Di Blasio es un resentido —comentó Adams.

—Pero tiene razón.

—¿Tú también odiabas a Vincent?

—¿Y quién no? Todos sabíamos que era un mercader de boxeadores.

—Desgraciadamente no es el único.

—No, aún quedan unos cuantos.

—¿Qué sabes de Ortiz?

—Ha muerto esta madrugada.

—Pobre muchacho. No era un gran boxeador, pero tenía pegada y era honrado.

—Sí...

—Y como era honrado habrá muerto en la miseria —añadió el policía.

—Así es. Gracias a hombres como Vincent.

Sabatini vino con algo en la mano y se lo entregó a Adams. Era una agenda milagrosamente intacta.

Adams la abrió. Era de Vincent.

—Buen trabajo, Sabatini —le dijo a su ayudante—. ¿Dónde la has encontrado?

—Entre unos arbustos.

Adams comprobó que estaba llena de números de teléfono y de direcciones. Luego, se la guardó en un bolsillo de la americana.

—Creo que mi misión aquí ha terminado —dijo después—. ¿Vienes a comer conmigo, David? —le preguntó a Miles.

—No me hables de comida —respondió el periodista—. Tengo el

estómago revuelto después de ver este espectáculo. De todos modos, te acompañaré.

—Dentro de un par de horas estaré en Scotland Yard —le dijo Adams a su ayudante—. Ten preparado el informe del caso.

Sabatini asintió con la cabeza.

A su jefe le gustaba tomarse las cosas con calma.

* * *

Rocky Philips salió de la cárcel aquella misma mañana.

Era un exboxeador de puños de hierro, pero a sus veintisiete años había tenido que dejar el boxeo por su afición a las drogas.

Regresó a su modesta pensión de la calle Milton y se encerró en su cuartucho de techo bajo. Se tendió en la cama y puso en funcionamiento su cerebro. Tenía que encontrar un trabajo. Pero lo único que sabía hacer era boxear. Además, ¿quién era el guapo que le iba a dar trabajo a un expresidiario y aficionado a las drogas?

Cuando llamaron a la puerta de su habitación, Rocky tuvo un sobresalto. Desde hacía tres años, era la primera vez que alguien llamaba a su puerta...

Abrió y se encontró frente a John Adams.

—¿Rocky Philips?

—El mismo. ¿Quién es usted?

El policía le mostró sus credenciales.

Rocky hizo un gesto de fastidio.

—Acabo de salir de la cárcel y ya me están tocando los huevos —gruñó —. ¿Qué pasa?

—¿Puedo entrar?

—Qué remedio —respondió Rocky haciéndose a un lado para que Adams pudiera entrar. Luego cerró la puerta y se recostó en la pared. El policía le ofreció un cigarrillo. El exboxeador movió la cabeza.

—¿Desde cuándo andas suelto, Rocky? —le preguntó Adams tomando asiento en una desvencijada silla.

—Desde esta mañana a las nueve. Oiga, ¿a qué viene esto? No he hecho nada... —Rocky se echó a reír—. Casi no me han dado tiempo...

—Muy gracioso...

El exboxeador dio un par de vueltas por la estrecha habitación. Había adquirido aquella costumbre en la no menos estrecha celda de la cárcel. Moriría con ella, seguro.

—Bueno, ¿qué? —se enfrentó al policía—. ¿Ha venido solo para verme la cara?

—He venido para que hablemos de Vincent.

Rocky se detuvo.

—Ese hijo de perra... —murmuró—. ¿Sabe? Hay dos cosas que odio en este puerco mundo; los polis y a Vincent. ¿Qué le parece?

—Divertido. ¿Desde cuándo no le has visto?

—¿A Vincent? Desde antes de que me metieran en chirona. Fui a pedirle una pasta que me debía y el muy granuja me la negó. Si no llega a ser porque estaba rodeado por sus gorilas, lo muelo a golpes.

—Me han dicho que eres un tipo vengativo, Rocky.

—El que me la hace me la paga —respondió el exboxeador—. Como que hay cielo. Pero bueno, ¿a qué viene esta absurda conversación? ¿A qué ha venido, poli?

—Me llamo Adams. Inspector John Adams —dijo el inspector poniéndose de pie—. ¿Qué has hecho desde que has abandonado la cárcel esta mañana?

—Me lo he pasado aquí dentro moliéndome los sesos para encontrar algo de pasta. ¿Es eso malo?

—No... si fuera cierto.

—¡Eh! —Rocky movió un puño como un mazo—. ¿Está diciéndome que miento?

—Todavía no lo sé. Pero a lo mejor sí.

—¡Y una mierda!

—Calma.

—¡Váyase al carajo, poli!

—No colmes mi paciencia, Rocky —le respondió Adams—. Y contesta a lo que te pregunto. Dices que no te has movido de aquí desde que has llegado.

—Eso he dicho.

—¿Y esa bolsa de comida? ¿Y esas cervezas? ¿Han venido volando?

—Las he traído conmigo.

Adams encendió otro cigarrillo.

—¿Se puede saber de qué va el rollo? —preguntó Rocky.

Tenía derecho a saberlo.

El policía le lanzó una bocanada de humo.

—Se han cargado a Vincent.

Rocky se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué diablos te ríes?

—¡Es la mejor noticia que he oído en mi vida, poli! ¡Vincent muerto! ¡Le aseguro que esta noche me emborracho para celebrarlo!

De repente, Rocky dio un puñetazo contra la pared que hizo temblar los cimientos.

—¡Pero si cree que yo me lo he cargado, es que está loco, poli! —gritó—. ¡Loco de remate! Yo soy cualquier cosa menos un asesino.

—No me fío de ti, Rocky —le soltó Adams sabiendo que se exponía a que el boxeador le rompiese la cara—. Eres un tipo violento. Lo has sido siempre. Y en la cárcel no has mejorado. Ahora eres peor que antes. Me lo ha dicho el alcaide.

El boxeador señaló con un dedo al policía. Sus ojos brillaban de rabia y de odio.

—El alcaide es un hijo de mala madre, pero aunque eso fuera cierto, le juro que yo no he liquidado a Vincent. ¡Tiene que creerme, señor Adams! ¡No me he movido de aquí en todo el día!

El inspector aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se dirigió hacia la puerta.

—Está bien, Rocky —le dijo antes de salir—. Por esta vez voy a creerte. Pero ándate con cuidado porque voy a convertirme en tu ángel guardián.

Cuando Adams hubo cerrado la puerta, Rocky dejó escapar una maldición y le dio una patada a la cama.

Su primer día de libertad no había podido ser peor.

* * *

Adams estaba ojeando la agenda de Vincent mientras Ethel le hacía un masaje en la espalda. Aquella muchacha tenía unas manos que parecían plumas.

—Creo que Rocky decía la verdad —murmuró el policía.

—¿Qué? —le preguntó Ethel.

Adams se puso panza arriba y la chica tomó asiento a horcajadas sobre él.

—Decía que Rocky había dicho la verdad...

—¿Quién es, Rocky?

—Un exboxeador que ha salido hoy de la cárcel. Odiaba a Vincent.

—¿Y quién es Vincent?

—Déjalo, nena... —murmuró Adams acariciando los pechos de su vecina—. ¿Sabes? Tienes ese par de cosas más bonitas que he visto en mi vida. Y tus piernas tampoco están nada mal y qué decir de tus muslos y...

—Vamos, que estoy para que me coman —se rio ella.

—Seguro —respondió Adams colocando a la chica en la posición adecuada.

—¿Vamos a hacerlo aquí? —le preguntó ella volviendo a reír.

—Aquí y ahora.

Ethel se inclinó para besarle en el cuello mientras sus manos de pluma se movían arriba y abajo del cuerpo del policía causándole un placer indescriptible.

En ese instante sonó el timbre de la puerta.

La pareja se miró con gesto de fastidio.

—No sabía que esperaras a nadie —le dijo ella.

—Yo tampoco —respondió Adams.

Se levantó, se puso un batín y fue a abrir y al hacerlo se encontró con la criatura más preciosa que había visto en su vida. Era morena, tenía los ojos verdes y una encantadora sonrisa. Y el resto. Bueno, el resto era fenomenal. Largas piernas, insinuantes curvas...

—¿Satisfecho? —oyó que le preguntaba muy divertida la chica.

Adams carraspeó.

—Lo siento —dijo a modo de excusa—. Todavía no sé quién es usted, pero me ha causado una grata impresión.

—Muchas gracias. Me llamo Jenny Wilson. ¿Puedo entrar?

—Claro.

La chica entró y Adams se le quedó mirando el trasero. Lo movía con gracia y desenvoltura.

—Tiene un apartamento muy acogedor, señor Adams —dijo la muchacha volviéndose.

—¿Cómo sabe mi nombre? Y ante todo, ¿qué está haciendo aquí?

Jenny iba a responder pero en ese momento apareció Ethel. Llevaba puesta una camisa del policía.

—¿Estorbo? —preguntó mirando a la recién llegada.

—Lamento si he llegado en mal momento —dijo Jenny—. Puedo volver mañana...

—No —le respondió Adams—. Ya que está aquí, sepamos a qué ha venido.

—Me envía David Miller.

—¿El periodista?

Ella asintió.

—Buen chico —dijo el policía—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Verá, trabajo en la revista *Murder* y...

—¿La revista *Murder?* —saltó Adams—. ¿Esa bazofia que solo cuanta tragedias?

—Pero se vende muy bien, señor Adams —respondió la chica sonriendo—. Y eso es lo que realmente importa.

—Es posible. Está bien, siga...

—Sé lo de Vincent —dijo la chica—. Me lo ha contado David. Y me gustaría, puesto que usted va a llevar el caso, seguir de cerca la investigación. Tengo muchos lectores aficionados al boxeo y les va a encantar todo lo referente a ese misterioso asesinato.

—A ver que yo me entere —dijo Adams—. Lo que usted pretende es pegarse a mí y obtener las noticias de primera mano para luego contárselas a sus lectores. ¿Es eso?

—Exactamente, señor Adams. Me gustaría seguir la investigación a su lado, paso a paso. ¿Qué me contesta?

—Que no.

La muchacha hizo un gesto de contrariedad.

—Yo creí que...

—Usted creyó que yo le iba a decir que sí porque viene de parte de David, ¿no es eso? Pues no puedo hacerlo, señorita. En una investigación criminal hay ciertos hechos que no pueden ser publicados porque podrían entorpecer la labor policial, ¿comprende?

—Le prometo que no publicaré aquello que usted no quiere que publique, señor Adams.

—Lo siento, pero no puedo correr ese riesgo.

La muchacha se quedó unos instantes pensativa y finalmente se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. Qué le vamos a hacer. Pero le advierto que no pienso dar mi brazo a torcer. Soy muy terca. Buenas noches... y feliz velada.

La chica desapareció dejando tras de sí un penetrante rastro de perfume.

—Noches de Bagdad... —dijo Ethel.

—¿Qué?

—Que el perfume que usa esa belleza se llama Noches de Bagdad.

—¿Crees que he sido muy duro con ella, nena?

—No lo sé. Lo que sí sé es que me voy a la cama. ¿Vienes?

—¡Volando!

* * *

Sabatini comentó mientras untaba de mantequilla su tostada:

—¿Tiene alguna pista, jefe? Yo tengo una.

Adams le miró.

—¿Sí? Adelante.

—Rocky Philips. Salió de la cárcel ayer. ¿No le parece mucha casualidad?

El inspector no se echó a reír porque tenía la boca llena de *croissant.* Engulló y dijo:

—¿Es esa toda la pista que tiene, Sabatini?

—¿Le parece mal?

—Voy a confesarle un secreto. Ayer estuve con Rocky.

Sabatini enrojeció.

—He metido la pata... —farfulló.

Adams le puso una hoja de papel frente a las narices. Tenía anotado un número de teléfono.

—¿Qué es eso? —le preguntó su ayudante.

—Este número de teléfono figura por lo menos cinco veces en la agenda de Vincent. Averigüe a quién pertenece.

—¿Ahora?

—Ya.

Sabatini saltó del taburete y se dirigió a la cabina telefónica que se encontraba en un rincón de la cafetería. Mientras, Adams encendía el primer cigarrillo del día y en ese instante aparecía alguien en el local luciendo un atrevido conjunto otoñal que hizo que algunos tipos de los que había volvieran la cabeza.

Era Jenny Wilson.

Se sentó tres taburetes más allá de donde se encontraba Adams haciendo como si no le hubiera visto, pero el policía sabía muy bien que era todo una comedia.

—¿Es que me sigue? —le preguntó Adams.

Ella volvió la cabeza.

—¡Inspector! ¡Vaya casualidad!

—Menos cachondeo, señorita Pilsen.

—Wilson.

—Como se llame. ¿Me sigue? Porque si es así, voy a tener que enfadarme.

La muchacha se puso al lado del policía.

—Ya le dije que era muy testaruda, comisario.

—Inspector, solo inspector. Escuche, no me gustan esta clase de juegos. ¿Está claro? Así que olvídese de mí.

—No es tan fácil olvidarse de un hombre tan guapo, inspector —susurró Jenny pasando uno de sus delicados dedos por el borde de la taza.

«Es astuta como una serpiente —pensó Adams—. Pero me encantaría que me mordiera».

En ese momento, llegó Sabatini.

—Es una casa de citas —le dijo a Adams.

—¿Qué?

—Sí, una casa de citas. Madame Giraux. Ya sabe, el número de teléfono ese...

Adams sorprendió a Jenny con los oídos dispuestos.

El policía cogió por un brazo a su ayudante y se le llevó de allí sin despedirse siquiera de aquella belleza que, para bien o para mal, le estaba gustando cada vez más.

Y eso era un riesgo.

Sobre todo para él que perdía la chaveta cada vez que veía un par de piernas bonitas.

Y Jenny las tenía.

—Creo que nos vienen siguiendo —dijo poco después Sabatini mirando

por el espejo retrovisor.

—Lo sé.

—¿Quién es?

—Una mujer. La que estaba a mí lado en la cafetería.

—¡Juau! ¡Estaba muy buena, jefe! ¿Cómo lo hace para ligárselas con tanta facilidad?

—No digas tonterías, Sabatini. En cuanto lleguemos a casa de madame Giraux, yo subiré y tú te quedarás en la calle impidiendo que ella me siga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La casa de madame Giraux resultó ser un agradable paraíso donde había chicas muy bonitas escasas de ropa. Uno podía escoger la que más le gustara como si se tratara de sandías. Estaban en un sofisticado saloncito, con cierto aire de aburrimiento, pero con los ojos bien despiertos cuando entraba algún cliente.

—¿Desea algo especial, caballero? —oyó Adams a sus espaldas.

El policía se volvió. Era madame Giraux, una mujer, que por lo menos pesaba cien kilos. Llevaba una extraña indumentaria mezcla indostánica y europea. Su rollizo rostro estaba muy pintado y sostenía una boquilla en la mano derecha. En la izquierda llevaba un pay-pay japonés.

Adams le mostró las credenciales.

—En mi casa todo está en orden —dijo madame Giraux—. Puede comprobarlo usted mismo.

—No he venido en visita de inspección —le respondió el policía—. Sino para hablar de Burt Vincent.

—¿Qué quiere saber?

—¿Era cliente suyo?

—Por supuesto. Venía un par de veces por semana para estar con Mimí.

—¿Quién es Mimí?

—Aquella, la pelirroja.

Estaba en un rincón, aburrida. Tenía unas bonitas piernas y exuberante busto.

—Llámela —le dijo Adams.

La madame le hizo un gesto cariñoso y la muchacha se acercó contoneándose. El viejo Vincent tenía buen gusto.

—Este caballero desea hacerte unas preguntas, Mimí —le dijo la madame.

La chica miró con coquetería a Adams.

—¿Solo me quiere para hacerme preguntas? ¡Qué gustos tan raros!

—Es policía, Mimí —le aclaró madame Giraux.

La muchacha hizo un gesto de fastidio.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Alguna multa por dejar el coche mal

aparcado?

—Es acerca de Burt Vincent —le dijo Adams haciéndole una indicación a madame Giraux para que se fuera.

—Pobrecito... —murmuró con pena la chica—. Era un buen tipo. Y espléndido. Mucho más espléndido que...

—¿Cuándo le vio por última vez? —le cortó Adams.

—La noche antes de que le asesinaran. Vino con otro caballero...

Quince minutos después, Adams se reunía en la calle con su ayudante y Jenny. La muchacha estaba recostada en el coche policial.

El inspector le lanzó una rápida mirada y luego se volvió a Sabatini.

—Vaya, veo que estás muy divertido —le soltó—. Coge el coche, ve a Scotland Yard y averigua todo lo que puedas de un tal McGregor. Aldus McGregor.

—Promotor de boxeo, sesenta y dos años, propietario del hotel Rex y dueño de una importante cuadra de caballos, viejo verde y un montón de cosas más —dijo de carrerilla Jenny.

Adams la miró estupefacto.

—¿Cómo diablos sabe todo eso? —le preguntó.

—Le conocí en una fiesta a la que me llevó David. Intentó llevarme a la cama. ¿Quiere saber algo más? Sé más cosas de él...

—Vete, Sabatini —le dijo Adams a su ayudante.

—¿Y usted? ¿No viene?

—No. Voy a comer con esta maldita testaruda. Me parece que tendré que acabar por hacer un trato con ella.

Jenny sonrió.

—Siempre me salgo con la mía, comisario.

—Inspector.

—Merecería ser comisario.

Adams soltó una carcajada.

La serpiente de cascabel empezaba a caerle bien.

CAPÍTULO III

Segundo round

Aldus McGregor entró en el gimnasio de Popsy con un enorme puro entre los dientes. Popsy estaba dando consejos a un par de tipos que se zurraban en el *ring*.

Aldus le llamó y el propietario del gimnasio vino hacia él.

—Buenos días, señor McGregor —saludó Popsy.

—Hola, muchacho. ¿Qué tal anda todo?

—Bien. Por cierto, tengo un pequeño problema.

—¿De qué se trata?

—De Jack Lamata.

—¿Qué le pasa?

—Está pasando por algunos apuros económicos. Sigue teniendo una buena pegada. ¿Por qué no le da alguna oportunidad?

—Porque está acabado... —McGregor se quitó el puro de la boca—. Aunque, a lo mejor... bueno, quizás pueda hacer algo por él. Cuando venga por aquí, dile que me llame. Estaré en el Rex.

—Gracias, señor McGregor. Se lo diré.

McGregor dio un último vistazo a los boxeadores que se encontraban allí entrenando y salió del gimnasio para dirigirse al hotel de su propiedad, el Rex. Aquel desgraciado de Jack Lamata podía serle útil al fin y al cabo.

Jack Lamata le llamó una hora más tarde y quedaron citados en el bar del hotel.

El boxeador apareció puntualmente a la hora convenida. Era un tipo de mediana estatura, ligeramente patizambo. En sus tiempos, había sido un buen peso pluma, nada del otro mundo, pero con una gran pegada. Tartamudeaba al hablar, consecuencia de los golpes que había recibido a lo largo de sus treinta y dos años.

McGregor estaba sentado a la barra con su inseparable puro entre los dientes. Al ver a Lamata, se lo quitó de la boca y le hizo un gesto para que tomara asiento.

—¿Estás bien, Jack? —le dijo el promotor.

—Sí, señor. En plena forma.

—Me ha dicho Popsy que andas con el bolsillo del revés.

—Es... estoy mal... Sí, muy mal, se... señor McGregor. Ne... cesito un

combate. Un... un buen combate...

—¿Quieres beber algo?

—No... no bebo.

—Te cuidas, ¿eh? Eso es bueno... —McGregor cogió al boxeador por un brazo y se alejaron de la barra—. ¿Quieres un combate? Pues lo vas a tener, Lamata.

El boxeador se puso más contento que unas pascuas.

—¡Es usted un gran hombre, señor McGregor...! —exclamó sin tartamudear—. Un... gran hom... bre...

—Cálmate, Jack. Cálmate. Aún no conoces mi proposición. ¿Te atreverías a subir al *ring* para pelear con Ben Cooper?

—¿Ben Cooper? ¿El campeón?

—El mismo.

Lamata miró a McGregor. Llevaba demasiados años metido en el mundo del boxeo como para no darse cuenta de que se trataba de un arreglo.

—Cooper necesita un triunfo espectacular, Lamata —le dijo McGregor —. ¿Comprendes?

—Com... comprendo.

—Tenemos que revalorizar la imagen de Cooper. Ya sabes que eso se suele hacer con frecuencia en el boxeo. Con que le aguantes cinco asaltos será suficiente.

—¿Cuánto va a pagarme?

—Tres mil.

—Es poco. Quiero cinco.

La expresión risueña que tenía McGregor en su rostro, desapareció como por arte de magia.

—Lamata, eres un imbécil. Por cinco mil libras puedo tener cinco mil boxeadores muertos de hambre como tú dispuestos a dejarse partir el alma. Soy demasiado generoso ofreciéndote tres mil. Lo tomas o lo dejas.

—Está bien. A... acepto.

—Buen chico. Ve al gimnasio de Popsy y entrénate un poco. El combate será dentro de cinco días.

—¿Pue... puede adelantarme quinientas libras, señor McGregor?

El promotor se las dio y observó a Lamata mientras se alejaba. Dejó escapar una sonrisa y volvió a la barra del bar, cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Cooper? Ya tengo carnada para tu anzuelo...

—¿Quién es?

—Un desgraciado que se llama Jack Lamata.

* * *

—Hábleme de McGregor —le pidió Adams a Jenny cuando estaban sentados en un apacible rincón del restaurante.

—Sé por David que es un mal bicho. Juega con los boxeadores como si se tratara de esclavos. Tiene un hotel, el Rex. Le da mucho dinero a ganar. Y todo ese dinero lo emplea en sus cuadras de caballos. Por lo que me dijo David, McGregor y Vincent eran muy buenos amigos. Tenían algunos negocios en común.

—Al parecer tenían en común muchas cosas —se rio Adams—. Por ejemplo, tenían los mismos gustos en cuanto a chicas. Una noche compartieron a la misma. Ahora tú, ahora yo...

—¡Asqueroso! —Jenny hizo un gesto de repugnancia.

—Bueno, ya está bien de hablar de McGregor. Hablemos de usted.

—¿De mí? ¿Qué quiere saber?

—¿De qué conoce a David?

—Nos conocimos en un cóctel. Hace un par de años. Desde entonces, hemos mantenido una buena amistad.

—¿Solo amistad?

—Es usted un viejo verde, señor Adams —sonrió la muchacha.

—¿Por qué no me llamas John?

—Antes de hacerlo, quiero saber una cosa.

—¿Qué cosa?

—Acerca de nuestro trato.

—De acuerdo. Puedes convertirle en mi sombra, pero únicamente escribirás sobre aquello que yo quiera que escribas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, John. Y ahora dime, ¿sospechas de alguien?

—No. Absolutamente de nadie. No hay una sola pista.

Adams consultó su reloj.

—Se está haciendo tarde. Tengo que regresar a Scotland Yard.

Ella le dio una tarjeta.

—Es mi número de teléfono particular. John. Por si necesitas algo de mí.

Él la miró. La muchacha dejó escapar una risita.

—En plan profesional, se entiende —añadió.

Media hora más tarde, Adams se sentaba tras la mesa de su despacho en Scotland Yard. Sabatini llegaba cinco minutos después.

—¿Qué hay, jefe?

—¿Alguna novedad? —le preguntó Adams.

—Ninguna. Todo en calma, como en un cementerio.

El inspector dejó la agenda de Vincent sobre su mesa.

—Me pregunto por qué diablos está repetido cinco veces el número de teléfono de madame Giraux...

—A lo mejor le tenía obsesionado.

—Es posible. Vincent era un viejo verde por lo que ha contado Mimí... —Adams abrió la agenda—. No nos queda otro remedio que investigar a toda esta gente, Sabatini. Cualquiera de ellos puede ser el asesino. ¡Eh! Aquí también figura el número de ese periodista. Di Blasio. ¿Sabes? Voy a hablar con él. Tú, escoge a otro. El que te dé más rabia.

El inspector Adams encontró a Di Blasio en la redacción de su periódico.

—¿Qué le trae por aquí, inspector? —le preguntó el periodista.

—¿Por qué no hablamos un poco acerca de Vincent?

—¿Qué quiere saber?

—Cosas... —Adams se encogió de hombros—. Por ejemplo, por qué figura su nombre en una agenda de Vincent.

—¿Mi nombre en una agenda de Vincent?

—Sí.

—Sinceramente, no lo sé. Debía de tenerme allí para no olvidarse de mí. Aunque tampoco es tan extraño que un promotor de boxeo anote en su agenda el número de teléfono de un periodista.

—Claro que no. La mayoría lo hacen. Pero precisamente el suyo, Di Blasio. Es más raro, ¿no le parece?

—Sí, si tenemos en cuenta que nos odiábamos.

—¿Quiere un cigarrillo?

—No.

—¿Por qué no me habla de Vincent?

—¿Y qué quiere que yo le diga que usted no sepa? Inspector, sé que es usted un gran aficionado al boxeo y conoce a la perfección los sucios manejos que hay en el mismo. Vincent era la encarnación de la corrupción en el mundo del boxeo. Lo sabe tan bien como yo.

—Pero no es el único.

—Desgraciadamente, no. Hay otros. McGregor, Biley, Morris... demasiados.

—Sin embargo, usted solo la tenía tomada con Vincent.

—Eso no es cierto, inspector —respondió rápidamente Di Blasio—. Pregúntele a McGregor qué opina de mí. O a Biley. Me odian tanto como pudiera odiarme Vincent y todo porque me gusta decir la verdad a mis lectores, que sepan que el boxeo está corrompido por culpa de esos sinvergüenzas.

De repente, Di Blasio aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso de pie.

Se encaró al inspector.

—Oiga, ¿qué está tramando? —le preguntó—. Me huelo que sospecha de mí. ¿Es eso?

Adams no se inmutó.

—Mi obligación es sospechar de todo el mundo, Di Blasio.

—¿Solo porque mi nombre figura en la agenda de Vincent?

—¿Por qué no? Si le sirve de consuelo, le diré que pienso investigar uno por uno a todos los que figuran en esa agenda.

—No me sirve de consuelo, inspector —respondió Di Blasio con un gruñido—. Y no me gusta que nadie sospeche de mí. Hasta ahora está usted pinchando en hueso. Y si no que se lo pregunten a Rocky Philips.

—¿Qué sabe de él?

—Que ha ido a visitarle nada más poner los pies en su casa después de haberse pasado tres años en chirona. Conmovedor.

—Las noticias vuelan con rapidez. Tengo derecho a sospechar de Rocky, lo mismo que de usted, Di Blasio. En realidad tengo derecho a sospechar de quien me parezca. Si me equivoco ya es otra cuestión. ¿No le parece?

—Puede que tenga razón, Adams... —asintió Di Blasio—. Es su trabajo. Lo siento.

—No lo lamente. Yo en su lugar me sentiría igual de escocido. ¿Quiere saber una cosa? Ando perdido. Me encuentro inmerso en el bosque de la incertidumbre. No tengo ni una sola pista. Nada. Solo me queda el consuelo de dar palos de ciego.

—Le ayudaré en todo lo que pueda, inspector. ¿Le sirve que le diga que Vincent tenía por lo menos un centenar de enemigos?

—Algo es algo. Dígame de alguno que pudiera desear hasta su muerte.

—Le podría decir una veintena. Todos boxeadores. Por ejemplo, Jimmy Show.

—¿Jimmy Show? ¿El campeón de Europa de los welters desde el año 67 al 70?

—Veo que sabe mucho de boxeo, inspector —sonrió Di Blasio.

—¿Qué hubo entre Jimmy y Vincent?

—¿Por qué no se lo pregunta a él mismo? Tiene una cafetería en la gasolinera que hay en Eton Road.

—Lo haré.

—Pero que conste que eso no significa que él haya asesinado a Vincent —aclaró Di Blasio.

—Por supuesto que no.

Cuando el inspector se dirigía hacia la puerta, Di Blasio le dijo:

—Espero verle en la velada del viernes. Hay un buen cartel.

—¿Quién boxea?

—Ben Cooper... —Di Blasio se echó a reír.

—¿De qué se ríe?

—Del contrincante que le ha colocado su promotor, McGregor.

—¿Quién es?

—Jack Lamata. Otro candidato al hospital.

—¿Y dice que eso es un buen cartel, Di Blasio?

—Para mí sí porque podré sacarle punta. Adiós, inspector.

Adams encontró a Jimmy Show limpiando vasos. Era un tipo fuerte y con cara de pocos amigos. Su mujer estaba en la caja. Era una rubia pechugona.

El inspector le explicó el motivo de su visita. Jimmy Show le miró con desconfianza. No le gustaba hablar de aquello. Su esposa preguntó:

—¿Por qué remover el fango, inspector?

—No hay otro remedio, señora.

—Está bien —asintió Jimmy Show—. ¿Sabe? Yo podía haber seguido siendo campeón tres o cuatro años más. No tenía rival. Pero no le caía bien a ese puerco de Vincent.

—¿Por qué no?

—Porque no me sometía a sus sucios manejos. Y entonces, me puso la zancadilla. Se aprovechó de que yo estaba hasta el cuello de deudas para ofrecerme veinte mil cochinas libras si me dejaba ganar por Charly Simpson. Acepté porque no me quedaba otro remedio y sobre todo porque él se negó a prestarme ese dinero. De haberlo hecho, yo aún sería el campeón. Pero Vincent me odiaba y me empujó al precipicio. Fue una noche que no olvidaré nunca, inspector. La noche más triste y humillante de mi vida.

—La recuerdo. Caíste en el sexto asalto.

—Estaba más fresco que una lechuga y sin embargo, tuve que fingir un fuera de combate.

—¿Y luego?

—Se acabó Vincent. Ya no quiso saber nada más de mí. Hice un par de combates con ese otro sinvergüenza de McGregor y me retiré. Ahí terminó la brillante carrera de Jimmy Show.

—¿Cuándo viste a Vincent por última vez, Jimmy?

—Hace un par de semanas, en un gimnasio. Inspector, no irá a sospechar que yo me lo he cargado, ¿verdad?

—En principio tengo que sospechar de todo el mundo, Jimmy. Sobre todo de la gente que le odiaba.

—¡La poli! —exclamó con desprecio la mujer de Show—. ¡Son capaces de sospechar hasta de su propia madre!

Adams abandonó la cafetería sin haber aclarado nada. En realidad, y así se lo había confesado a Di Blasio, estaba dando palos de ciego. Llamó a Sabatini a Scotland Yard. Su ayudante le dijo que había estado investigando a un par de individuos que figuraban en la agenda de Vincent.

—No creo que sirva de gran cosa, jefe —le dijo Sabatini—. Uno es el dueño del Club 21, un tal... Malone. El otro, es un dentista. Se llama

Clarence. Era íntimo amigo de Vincent, aunque según él, hacía mucho tiempo que no se veían. Ninguno de los dos me ha parecido sospechoso, jefe.

—Está bien, Sabatini. Déjalo. Hablaremos mañana. Ahora me voy a casa. Si hay algo, llámame allí.

—De acuerdo.

Cuando llegó a su apartamento, Adams se metió bajo la ducha. Después, se sirvió un *whisky* y se tumbó en su sofá favorito, cerca del fuego. Empezaba a hacer frío en Londres.

¿Qué diablos había conseguido hasta entonces?

Nada.

Ni una miserable pista.

Y lo peor de aquel caso era que la víctima tenía un centenar de sospechosos a quién investigar.

Volvió a hojear la agenda de Vincent.

Direcciones, números de teléfono... ¿Por dónde demonios empezar? ¿Valía la pena investigar a toda aquella gente? Sí, claro. No le quedaba otro remedio. Aquella agenda era lo único que tenía. Comenzaría por la letra A.

Alton...

Ascott...

Asociación de Boxeadores Profesionales...

Sonó el teléfono y alargó el brazo para descolgarlo.

—¿Sí?

—Hola.

Era Jenny. La hermosa Jenny. La víbora.

—¿Qué tal?

—¿Alguna novedad digna de mención?

—Sí.

—¿Cuál? ¿O es un secreto de sumario?

—Me siento terriblemente solo. ¿Por qué no vienes y charlamos un rato?

—De acuerdo. Estaré ahí dentro de una hora.

—Cenaremos juntos.

—Me parece una excelente idea.

Adams colgó y se frotó las manos. El día podía terminar mucho mejor de lo que había supuesto.

La muchacha se presentó, puntualmente, al cabo de una hora. Al entrar, dejó tras de sí el embriagador rastro de Noches de Bagdad. Adams cerró la puerta y ambos quedaron el uno frente al otro sin saber qué decirse.

Ella se echó a reír.

—¿Qué te pasa, John? —le preguntó—. Se diría que has perdido la iniciativa.

—Eres tan bonita que a veces me nublas el cerebro.

—La frasecita te ha quedado bien, hay que reconocerlo —dijo Jenny—. ¿Por qué no me invitas a una copa?

Él lo hizo y luego se sentaron en el sofá.

—¿Cómo va la investigación? —le preguntó la muchacha.

Adams se lo contó, le dijo que había estado con Di Blasio y con Jimmy Show.

—¿Puedo anotar eso?

—Sí, puedes.

—¡Estupendo!

Fue a sacar su bloc del bolso pero él le cogió la mano.

—Ahora no.

La muchacha sonrió.

—Como quieras, John. Lo haré luego, en casa.

Adams le acarició los cabellos.

—Me gustas mucho, Jenny —le dijo quedamente.

—Tú también a mí, John.

Se besaron apasionadamente y acabaron por derrumbarse en el suelo, sobre la mullida alfombra.

Cuando él iba a desabrocharle la blusa, sonó el teléfono.

—¡No! —gruñó Adams.

Esta vez era Sabatini.

—Malas noticias, jefe —le dijo.

—¿Qué pasa?

—Se han cargado a McGregor.

CAPÍTULO IV

Tercer round

McGregor había sido asesinado en su despacho del hotel Rex.

Le habían cortado el cuello, de oreja a oreja.

Cuando Adams llegó allí en compañía de Jenny, se encontró con un gran revuelo.

—¡Que alguien ponga un poco de orden! —gritó en el corredor.

Los dos policías que se encontraban allí se cuidaron de alejar a los curiosos.

En el despacho se encontraban Sabatini, los de huellas y el forense.

McGregor estaba en el suelo, en medio de un charco de sangre. Jenny apartó los ojos.

—¿Quién ha descubierto el cadáver? —preguntó Adams.

—Su secretaria.

—¿Dónde está?

—En la habitación de al lado. Hemos tenido que trasladarla allí porque se había desmayado. El médico está ahora con ella.

La secretaria de McGregor era una mujer de unos cuarenta años, morena y bastante bonita. Estaba pálida como un muerto.

—Lo siento pero tengo que hacerle algunas preguntas —le dijo Adams.

Ella asintió con la cabeza.

—Cuénteme lo que ha ocurrido, señorita.

—Bueno, he entrado para que me firmara unos documentos y... lo he encontrado... muerto... ¡Oh, Dios mío! Ha sido terrible. ¡No podré olvidarlo nunca!

—Intente calmarse —le dijo Adams—. ¿Qué ha hecho después?

—He llamado a la policía.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor.

—¿Ha venido a visitarle alguien durante estos últimos días?

—Tres o cuatro personas.

—¿Les conoce?

—Sí.

—Tome nota. Sabatini.

—Uno era el señor... el señor Kowalski. Tenía negocios con el señor

McGregor.

—¿Sabe su nombre, su dirección?

—Sí. Está en la correspondencia.

—Perfecto. ¿Quiénes eran los otros?

—El señor Mason, su abogado. Espere que recuerde... ¡Ah, sí! Un periodista.

—¿Un periodista?

—Un tal... Di Blasio.

—¿Ha dicho Di Blasio?

—Sí, señor.

Adams miró a Jenny. La muchacha se encogió de hombros.

—¿Discutieron?

—¿A qué se refiere?

—A Di Blasio y su jefe.

—No les oí discutir.

—Bien. ¿Alguien más?

—Que yo recuerde, no. Bueno, sí.

—¿Quién?

—Estuvo en el bar con un boxeador. Un tal... Lamata. Jack Lamata.

—Gracias por su información, señorita. Ha sido usted muy amable.

Luego, Adams se fue a hablar con el forense.

Este le dijo:

—Le han asesinado hace un par de horas, más o menos. Degollado. Y sin señales aparentes de que haya habido pelea.

—Hummm...

—Sí, hummm...

—Eso puede significar que el asesino y McGregor estaban hablando tranquilamente o que aquel estaba oculto en este despacho y se ha arrojado sobre su víctima sin darle tiempo a defenderse.

—Puede ser.

—¿Algo más?

—Nada más.

Las únicas huellas que había en el despacho eran las de McGregor, según se pudo comprobar luego.

Lo que más extrañaba de todo esto a Adams era la visita de Di Blasio.

—No lo entiendo —le confesó a Jenny mientras abandonaban Scotland Yard una hora después—. ¿Qué fue a hacer Di Blasio al despacho de McGregor?

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Es lo que haré. Pero a su debido tiempo.

—¿Sabes una cosa, John?

—¿Qué?

—La investigación policial me apasiona. Es como jugar una partida de ajedrez.

—¿Tú crees? Pues a mí me parece que es como jugar a la ruleta rusa. Por cierto...

—Sí, John.

—No tengas en cuenta lo de Di Blasio hasta que haya hablado con él. Mientras tanto, pertenece al secreto policial.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Tú qué propones?

—Si te lo digo a lo mejor te enfadas.

—Prueba.

—¿Por qué no pasamos la noche juntos?

—¡Estaba deseando que me lo pidieras, John! —exclamó ella sonriendo.

* * *

John Adams no faltó a la velada de boxeo en la que Ben Cooper se enfrentaba al acabado Jack Lamata.

El local estaba abarrotado de público. Ben Cooper tenía muchos admiradores.

Con un cigarrillo entre los labios, miró a su alrededor y vio a la plana mayor del boxeo londinense. Allí estaban Biley, Morris, y otros muchos. También se encontraban Di Blasio, David Miles y un nutrido grupo de periodistas deportivos. Todos hablaban de lo mismo: el asesinato de McGregor.

¿Se habían olvidado ya de Vincent?

Adams no.

El policía observó que Di Blasio estaba silencioso, algo apartado de los demás. Parecía preocupado. Sabatini no se encontraba muy lejos de él. Vigilándole.

La pelea entre Cooper y Lamata resultó una comedia, pero el público se lo pasó bien, que era, al fin y al cabo, de lo que se trataba.

Lamata cayó espectacularmente sobre la lona en el sexto asalto. Destrozado y sangrando.

Una víctima más.

Y el público seguía tragándose al anzuelo.

Que también era de lo que se trataba.

Adams consultó su reloj. Eran las nueve y media de una fría noche. A las once tenía que llamar a Jenny a su casa. ¡Jenny! Aquella muchacha le tenía el seso absorbido. Jamás había conocido a una mujer como ella. Era insaciable. Una amante perfecta.

—Inspector...

Adams se volvió.

Era David, sonriente.

—Hola, muchacho.

—Vaya mierda de velada, ¿verdad?

—Ni que lo digas.

—¿Qué está haciendo por aquí?

—Psss... pasando el rato.

—¿Qué tal Jenny? —David le guiñó un ojo.

—Muy bien. Es una chica muy simpática y lista. David, ¿tenías tratos con McGregor?

—No.

—¿Seguro?

—Solo le veía de vez en cuando. ¿Por qué?

—Por nada.

—¿Sospecha de mí? —el muchacho se echó a reír.

—Claro que no.

—Bueno, le dejo. Tengo que escribir mi crónica.

—Adiós.

Adams le observó mientras se alejaba. Era un buen muchacho y tenía que agradecerle el que le hubiera mandado a Jenny.

Vio que Sabatini venía hacia él.

Su ayudante encendió un cigarrillo mientras murmuraba:

—Di Blasio tiene problemas.

—¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

—Todavía no lo sé. Pero parece un alma en pena.

—Ya me he dado cuenta. Vete a casa.

—¿Qué?

—Yo me ocupo de él. Mañana seguirás tú.

Sabatini le dio las buenas noches a su jefe y se fue lentamente. Adams dirigió sus ojos hacia Di Blasio. Le vio hablar con un compañero y luego dirigirse al bar. El policía le siguió a cierta distancia. Di Blasio tomó una copa y abandonó el local. Subió a su coche y torció por la primera calle. Adams fue detrás de él.

El periodista detuvo el coche en un bloque de apartamentos y se metió en el mismo.

Al cabo de un rato, Adams hizo lo propio y le mostró su credencial al portero.

—Ese caballero que acaba de entrar, ¿vive aquí?

—No, señor. Viene a ver a...

—¿A quién?

—A su amiga.

—Comprendo. ¿Quién es su amiga? ¿Cómo se llama?

—Miriam. Trabaja en un club nocturno o algo así. Es una chica muy simpática y muy bonita.

—Gracias por su información y no hable de esto con nadie, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor.

Adams regresó a su apartamento a las once en punto. Jenny ya se encontraba allí, tumbada en el sofá, en una actitud provocadora.

El policía sintió que se le encendía la sangre. Se sentó al lado de la muchacha y le acarició los muslos.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó ella.

—Una velada de asco. Un camelo. Jack Lamata ha terminado destrozado. Como estaba previsto.

—¿Has visto a Di Blasio?

—Sí. Parecía preocupado. Luego le he seguido. Hasta un bloque de apartamentos donde vive su chica. También he visto a tu amigo.

—¿A mi amigo?

—A David.

La muchacha le rodeó entre sus brazos y le besó. Adams se abandonó por completo a las caricias de Jenny, dejándose embriagar por el suave perfume Noches de Bagdad. Aquella mujer le estaba volviendo loco. Empezaba a ser un verdadero muñeco en sus manos y lo que era peor, no le importaba...

—Mientras te estaba esperando se me ha ocurrido una pregunta, John —dijo ella de repente.

—¿Sí? ¿Qué pregunta?

—¿Crees que tienen algo en común los asesinatos de Vincent y de McGregor?

—Es posible.

—¿Y no es chocante que ambos sean promotores de boxeo?

—Ya he pensado en ello.

—¿Ya qué conclusión has llegado?

—Todavía es pronto para llegar a alguna conclusión, Jenny —respondió Adams—. Todavía es pronto...

Ella volvió a acariciarle mientras le susurraba:

—Ya veo que ahora estás pensando en otra cosa, John...

—Así es, nena.

—Ven...

El policía se despojó de la ropa.

La muchacha le tomó entre sus brazos y consiguió hacerle gritar de placer...

* * *

Johann Biley era un hombre corpulento.

Tenía cuarenta y siete años y su gran afición era, aparte del boxeo, la de la pesca.

Había comprado una lujosa casa en el condado de Southberry, cerca de Brighton, y siempre que sus negocios en Londres de lo permitían, se hacía a la mar en su yate para pescar en compañía de algún amigo. Sí, amigo y no amiguita, porque Johann Biley era homosexual.

Su amiguito de turno de llamaba Freddy. Era un joven de diecisiete años. Rubio, alto, fuerte. La encarnación del vigor juvenil y de la inexperiencia.

Johann Biley los prefería jóvenes e inexpertos, pues de ese modo, él mismo les enseñaba y les inculcaba sus propios gustos con más facilidad.

Aquella soleada mañana de finales de setiembre, el promotor estaba tomando el sol en el espléndido jardín de su lujosa villa cuando el mayordomo le anunció la visita de un caballero.

—¿Quién es? —le preguntó Biley.

—El inspector John Adams, de Scotland Yard. Está en el salón.

Biley dejó escapar una especie de gruñido, se puso un albornoz y se dirigió al encuentro de Adams. El policía estaba conversando con Freddy, que en aquel momento tocaba una pieza de Chopin al piano. Era un muchacho muy sensible...

—¿Inspector Adams?

—El mismo, señor Biley.

Ambos hombres se estrecharon la mano. La del promotor era blanda y suave como la de una mujer.

—Bien, inspector. ¿En qué puedo servirle?

—Si lo prefiere podemos hablar a solas —dijo Adams mirando a Freddy.

—No tengo secretos para él. Adelante.

—Tengo entendido que entre usted y McGregor no existía lo que se podría llamar una buena amistad.

—No.

—Y que ocurría lo mismo con Vincent.

—Es cierto. Nos saludábamos. Es todo.

—¿Puedo saber a qué era debida esa enemistad?

—Claro. Ambos pretendían tener el monopolio de los mejores boxeadores de Londres. Yo pretendía lo mismo. Era un constante tira y afloja que llegó a enemistarnos profundamente.

—¿Es cierto que usted le debía mucho dinero a McGregor?

—¡Eso es mentira! ¿Quién se lo ha dicho?

—No importa. Dice que es mentira, ¿eh?

—Por supuesto.

—¿Conoce a Slim Mason?

—No.

—Era el abogado de McGregor. El día antes de que este fuera asesinado, estuvo en el despacho de su cliente. ¿Sabe para qué, señor Biley?

Adams observó que Biley palidecía ligeramente.

—McGregor había decidido llevarle a usted a juicio por el impago de una importante cantidad de dinero. Exactamente, ciento veinticinco mil libras. ¿Sí o no?

Biley miró a su amiguito. Freddy estaba siguiendo atentamente la conversación.

—Déjanos a solas, querido —le suplicó el promotor.

Freddy se levantó y abandonó silenciosamente el salón. Luego, Biley se volvió al inspector.

—Prefiero que no se entere de ciertas cosas. Bien, es verdad. Le debía ese dinero a McGregor.

—Sé que a pesar de las apariencias, está usted atravesando por serias dificultades económicas, señor Biley —le dijo Adams—. La mayor parte de los boxeadores que usted controla quieren abandonarle. Algunos aún no han cobrado la totalidad de sus bolsas.

—¡Es verdad! —se lamentó Biley—. ¡Es verdad! ¡Pero muy pronto voy a resarcirme, inspector! Estoy preparando un gran combate. Nada menos que la revancha entre McCoy y Pat Benson. Ese combate va a proporcionarme un buen pellizco. Les taparé la boca a todos.

—¿Dónde estuvo usted anoche, entre las siete y las ocho y media, señor Biley? —la pregunta cogió por sorpresa al promotor que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por recordarlo.

—¿Entre las siete y las ocho y media? Deje que recuerde. Sí, ahora me acuerdo. Estuve en el club Diamante. Jugando al billar con unos amigos.

—¿Quiénes eran esos amigos, señor Biley?

El promotor se llevó una mano a la frente.

—Ahora no me acuerdo muy bien... Lyn Kent era uno de ellos. El otro era... el otro era...

—No siga mintiendo, señor Biley —le dijo Adams—. Anoche, entre las siete y las ocho y media le vieron en el hotel Rex, el lugar donde poco después fuera asesinado McGregor.

Biley se desplomó.

—Es verdad... —admitió.

—¿Qué fue a hacer allí?

—Fui para hablar con McGregor.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Cambié de opinión y me fui. No quería suplicarle que aplazara el

juicio.

—¿Y no es más cierto que subió a su despacho y le mató?

—¡No! —gritó Biley—. ¡No, inspector! ¡Eso es mentira!

El promotor se echó a llorar como un niño. Adams sintió pena de él, pero tenía que cumplir con su obligación.

—Lo siento, pero tengo que llevarle a Scotland Yard, señor Biley —le dijo.

—¿Qué? —el promotor se limpió las lágrimas de un violento y nervioso manotazo—. ¿Qué me lleva detenido? ¿Por qué?

—Porque por ahora es usted mi sospechoso número uno. Cámbiese de ropa. Nos vamos.

Biley asintió silenciosamente con la cabeza y abandonó el salón. Volvió a bajar al cabo de unos quince minutos. Le acompañaba Freddy.

—No hay derecho, inspector —le dijo el homosexual—. No tiene ningún derecho a llevarse detenido al señor Biley.

—Si es inocente, no tiene nada que tener, muchacho —le respondió Adams.

—¡Lo soy, inspector! —protestó airadamente Biley—. ¡Le juro que yo no maté a McGregor! ¡Soy incapaz de matar a nadie!

—En marcha, señor Biley.

Adams y el promotor atravesaron el jardín y se dirigieron al coche a cuyo volante se encontraba Sabatini.

* * *

Había ya anochecido cuando el asesino penetró sigilosamente por una de las ventanas y después de cruzar el salón, salió al vestíbulo. Las escaleras que conducían a las habitaciones superiores, estaban a oscuras. Las subió sin hacer el menor ruido y abrió una de las puertas que se encontraban en el silencioso y alfombrado corredor.

Morris dormía pacíficamente y debía de estar soñando con algo agradable a juzgar por su expresión.

Una expresión que cambió radicalmente cuando el cuchillo de cocina del asesino se clavó en su garganta. Entonces, Morris abrió aterrado los ojos y al ver a su asesino, dejó escapar una exclamación de sorpresa.

La última exclamación de su vida antes de morir completamente desangrado...

CAPÍTULO V

Una pausa

Di Blasio fue al gimnasio de Dopsy para hablar con Pat Benson, un boxeador de color que según lo que se comentaba en los medios boxísticos, iba a enfrentarse en un combate de revancha a McCoy, el actual campeón del peso medio.

—¿Es cierto lo que dicen, Pat? —le preguntó Di Blasio.

El negrito sonrió.

—Es posible.

—¿Sí o no?

—Digamos que sí.

—¿Quién organiza el tinglado? ¿Biley?

—El mismo.

—Pues será mejor que le exijáis la pasta antes de subir al *ring*. No tiene una libra.

—Confiamos en él.

—¡Ja! —Di Blasio soltó una extraña risita—. Es como confiar en un perro rabioso.

—Di Blasio, eres un tipo con mala sangre —le dijo el negrito—. Odias todo lo que huele a boxeo y sin embargo, vives de él.

—Eso es cierto. Y bien que lo lamento. Pero yo no odio el boxeo, Pat Odio a alguno de los personajes que intervienen en el mismo. De todos modos, dejémoslo. Voy a ver qué hay por ahí.

Di Blasio dio un par de vueltas por el gimnasio y se entretuvo para hablar con alguno de los boxeadores.

Media hora después, abandonaba el local para dirigirse al Club 21 donde trabajaba su chica. Cuando llegó, ella estaba en la pista haciendo un complicado numerito de *strip-tease* con un gato y un perro. La cosa tenía gracia, pero Di Blasio lo había visto tantas veces que ya no le causaba ninguna impresión.

De repente, alguien le tocó en la espalda.

Era Adams.

—Vaya, inspector. Qué sorpresa. ¿Qué está haciendo aquí?

—He venido para charlar un rato contigo.

—Está bien, adelante.

Adams miró en dirección a la pista.

—Una chica preciosa —comentó.

—Sí.

—Apuesto algo a que es de esas que te pide un abrigo de pieles de vez en cuando.

Di Blasio miró fijamente al inspector. Adams estaba encendiendo tranquilamente un cigarrillo.

—¿Qué insinúa, Adams? —preguntó el periodista.

—¿De dónde sacas la pasta para mantener a una muchacha como esa, Di Blasio?

—¡Eso es algo que a usted no le importa, inspector! —gritó el periodista.

Algunos clientes se volvieron.

—Será mejor que salgamos de aquí, Di Blasio —dijo Adams echando a andar.

Se reunieron en un pequeño saloncito. Adams pudo darse cuenta de que el periodista estaba temblando de rabia. Aquel muchacho era un mal enemigo y además, peligroso. Tendría que ir con cuidado.

—Lo que me ha dicho hace un momento, no tiene ninguna gracia —masculló el periodista—. Usted no es nadie para meterse en mi vida privada.

Adams ignoró aquellas palabras.

—¿Por qué fuiste a ver a McGregor a su despacho? —le preguntó el policía mirándole fijamente.

Di Blasio dudó un momento antes de responder.

—¿Cómo sabe eso?

—Por su secretaria.

—Eso es cosa mía.

—Y mía.

—No me diga.

—Di Blasio, no juegues conmigo. Ya sabes cómo las gasto.

—Fui a verle para pedirle explicaciones.

—¿Explicaciones?

—Había oído que quería enviar a uno de sus matones para que me diera una paliza.

—No te creo.

—Es la verdad.

—¡Estás mintiendo, Di Blasio! —exclamó el policía—. Vamos, dime la verdad o tendré que llevarte a Scotland Yard.

El periodista soltó un bufido.

—Está bien. Se lo diré. Me había llamado para ofrecerme dinero, mucho dinero.

—¿A cambio de qué?

—De que le hiciera buena publicidad a Ben Cooper. De que le apoyara. McGregor pensaba que si yo lo lacia desde las columnas de mi periódico, le ayudaría mucho para conseguir que le disputara el campeonato mundial al norteamericano Joe Gazzara.

—¿Y tú qué le respondiste?

—¡Que no! Yo no me vendo, inspector.

—Vuelves a mentirme, Di Blasio.

El periodista se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Aceptaste ese dinero —añadió el policía—. Treinta mil.

—¿Cómo ha averiguado eso? —preguntó Di Blasio apenas sin voz.

—Por el resguardo del talonario de cheques. Fácil, ¿no?

Di Blasio se dejó caer en una silla. Estaba terriblemente abatido.

—Tuve que hacerlo, inspector —confesó al cabo de un rato de silencio —. Usted tiene razón. Ella es una mujer caprichosa. Muy caprichosa. ¡Me maldigo mil veces por haber hecho ese trato! ¡Nunca me lo perdonaré!

—El íntegro Di Blasio...

El periodista guardó silencio.

—No eres mejor que esos a los que siempre has atacado —siguió diciéndole Adams—. ¡Me das asco! ¡Venderte por una mujerzuela!

Adams abandonó el Club 21 de muy mal humor. No solamente por lo que había hecho Di Blasio, sino porque las cosas se estaban complicando y seguía sin tener una sola pista.

Cuando llegó a Scotland Yard se encontró con una desagradable sorpresa.

—Han tenido que llevarse a Biley a un hospital. El pobre hombre ha empezado a sentirse mal. Pero creo que ya se está recuperando. Debe ser cosa de su conciencia —sonrió Sabatini.

—¡Qué conciencia ni qué narices! —explotó Adams sentándose tras su mesa de despacho—. Biley no es culpable de nada.

—¿Estás seguro?

—Me apostaría la cabeza. Es demasiado cobarde y dando para cometer un asesinato.

—Entonces, ¿quién se ha cargado a Vincent y a McGregor?

—¡Y yo qué diablos sé! ¿Has seguido investigando a los que figuran en la agenda de Vincent?

—Sí. ¿Sabe? La mayor parte son mujeres. Ese tío era un cachondo.

—¿Has encontrado algo que merezca la pena?

—No.

—De todos modos, sigue con ello, Sabatini.

—De acuerdo. ¡Ah, se me olvidaba! Ha tenido una llamada.

—¿De quién?

—De Jenny. Me ha dicho que le espera en su casa.

Aquella era, sin duda, la mejor noticia del día.

* * *

Jenny le había preparado una suculenta cena. Aquella muchacha, además de ser una amante perfecta, y una mujer maravillosa, era buena cocinera.

—Pareces preocupado —le dijo a John mientras cenaban.

—Lo estoy, Jenny. Lo estoy de verdad. Ha habido dos asesinatos y no tengo una sola pista.

—¡Cómo me gustaría poder ayudarte, John! —exclamó la muchacha—. Pero no veo el modo. ¿Has pensado en lo que te dije acerca de la coincidencia de que las dos víctimas fueran promotores de boxeo?

—Sí, Jenny. He pensado en ello. Ambos tenían muchos enemigos. Sobre todo Vincent. Puede haber sido cualquiera de ellos. Pero ¿quién? Ahí está la clave. ¿Quién? ¿Algún boxeador resentido?

—¿Por qué no investigas por ese lado, John? Solo has hablado con dos o tres. Pero hay más.

—Sería perder el tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo no creo que el asesino sea un boxeador. Ese tipo de gente no actúa como los demás. Son menos imaginativos, menos sofisticados, no son tan astutos. Son personas que únicamente utilizan la fuerza bruta, la violencia, casi siempre utilizando sus puños o un arma de fuego. Pocas veces un cuchillo como en el caso de McGregor o una bomba en un coche como en el caso de Vincent. Y eso es precisamente lo que el asesino pretende que yo crea; que se trata de un boxeador. Pero no voy a caer en la trampa.

Jenny se sentó en las rodillas del policía y le acarició con sus expertas manos.

—Tienes aspecto de estar muy cansado, John. ¿Por qué no te acuestas?

—¿Y tú?

—Será mejor que esta noche no me quede. Necesitas descansar.

—Es a ti a quién necesito, Jenny —respondió el policía besándola.

Fue ella quien le hizo el amor. No permitió que John hiciera absolutamente nada. El goce fue indescriptible y Adams se quedó profundamente dormido.

Cuando sonó el teléfono, Adams creyó que apenas habían transcurrido unos minutos desde que se quedara dormido, y sin embargo, eran ya las ocho y media de la mañana. Había dormido de un tirón.

Descolgó el aparato.

—¿Sí?

—Soy Sabatini.

—Hola. Me he quedado dormido. ¿Ocurre algo? —Han asesinado a Morris. Su ama de llaves lo ha encontrado en medio de un charco de sangre hace apenas media hora.

—¡Voy inmediatamente!

Saltó de la cama, lo que provocó que Jenny se despertara con un sobresalto.

—¿Qué sucede, John?

—Ha sido asesinado otro promotor. Ed Morris.

—¡Voy contigo!

* * *

El superintendente Alf Wilson iba arriba y abajo de su regio despacho con ambas manos en los bolsillos de su impecable pantalón.

John Adams y su jefe, el comisario Lennon, permanecían en silencio observando las idas y venidas de Wilson.

—Hay que hacer algo y pronto —dijo este de repente—. Son ya tres los asesinatos cometidos y no tenemos una sola pista. ¿No es cierto, inspector Adams?

—Es cierto, señor.

—Estamos haciendo lo que podemos, superintendente —dijo Lennon.

—Lo sé, lo sé. Pero no es suficiente. La opinión pública empieza a hacerse preguntas. ¿Han leído los periódicos de esta mañana? Nos tachan de incompetentes. Y eso es muy desagradable.

—Lo lamento, señor —murmuró Adams—. Si lo cree necesario, puede relevarme del caso y dárselo a otro.

—Nada de eso, John —le dijo Wilson tomando asiento tras su mesa de despacho. Luego, encendió un cigarrillo—. Es usted un buen policía. De los mejores. Simplemente, creo que ha tenido mala suerte hasta ahora. Voy a darle una nueva oportunidad.

—Gracias, señor... —Adams se puso en pie—. Si me lo permite, voy a continuar con el caso.

—Buena suerte, John —le deseó el superintendente.

Adams bajó a su despacho. Sabatini le estaba esperando mientras se tomaba una taza de café.

—¿Cómo ha ido todo, jefe? —le preguntó.

—Esta es nuestra última oportunidad, Sabatini —respondió el inspector —. Si fallamos, nos sustituirán.

—No fallaremos.

—Tu optimismo es elogiable, muchacho. Pero a mí me gusta vivir de realidades. A ver, dame el informe de Morris.

Sabatini lo puso encima de la mesa. Adams abrió la carpeta y echó un

rápido vistazo al dictamen del forense y a todo lo demás. En realidad no contenía nada de particular. Se indicaba el modo cómo había sido cometido el asesinato. Huellas, solo las de la víctima.

En suma, nada del otro mundo.

Nada.

Nada.

Adams le dio un manotazo a la carpeta y esta voló por el aire hasta aterrizar a los pies de Sabatini, el cual la recogió y volvió a colocarla sobre la mesa.

Luego, carraspeó.

El inspector miró a su ayudante.

—¿Qué pasa, Sabatini?

—No quisiera echar leña al fuego, pero ¿qué hacemos con Biley?

—Que lo suelten. No tenemos pruebas contra él. Ni una sola prueba.

Adams se levantó.

—Voy a dar una vuelta por ahí a ver si se me aclaran las ideas.

—Bien, jefe.

El inspector se tomó un café en el bar que había a pocos metros de Scotland Yard y luego tomó un taxi para ir al gimnasio de Popsy. Allí se encontró con David Miles. El periodista estaba hablando con Ben Cooper.

—¿Qué tal, inspector? —le preguntó el periodista al verle.

—Ya ves, por aquí...

—¿Ha venido para hablar con alguien en concreto?

—¿Y qué si es así, David?

—Está de mal humor, ¿eh?

—Un poco.

—A lo mejor yo podría ayudarle.

—¿Tú?

—Conozco el ambiente del boxeo como nadie, inspector. Y el asesino se encuentra en él. Estoy seguro. Puedo olfatear por ahí y luego comunicarle lo que haya descubierto.

—No es mala idea. Gracias, David.

—De nada. Me limito a devolverle el favor que me hizo con lo de Jenny.

El periodista se alejó y Adams se puso a observar a Ben Cooper. Tenía una buena pegada y era muy ágil. Pero también era un sinvergüenza por haberse prestado al juego para machacar al pobre Jack Lamata. Indudablemente, Cooper no era de los que tenía motivos para asesinar a McGregor. De repente, vio a Rocky Philips. Estaba haciendo guantes con un negro llamado Mineo. El expresidiario aún se conservaba en buena forma a pesar de su afición a las drogas. ¡Lástima de muchacho! Hubiera podido llegar a campeón del mundo.

Rocky Philips.

El sí tenía motivos para asesinar a Vincent e incluso a McGregor. Pero ¿y Morris? A ese apenas le conocía.

—¿Qué está buscando por aquí, inspector? —oyó de repente a sus espaldas.

Se volvió.

Era Popsy.

El sospechoso ideal. ¿Por qué no habría pensado antes en él? Popsy odiaba a Vincent, a McGregor, a Biley, a Morris. Los odiaba a todos. La razón era muy simple; todos ellos le tenían bajo su control. Hacían de él lo que querían. Le estrujaban sin importarles que pudiera deteriorarse su imagen de preparador. Popsy era una mercancía, lo mismo que la mayor parte de los boxeadores...

—Estaba echando un vistazo, Popsy.

El preparador asintió con la cabeza y se alejó.

Era un hombre raro, introvertido.

Adams salió del gimnasio y llamó a Sabatini.

—¿Qué hay, jefe?

—Quiero que escojas a alguien para que vigile a Popsy, ya sabes, el preparador.

—Le conozco.

—Que le vigilen estrechamente las veinticuatro horas del día, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

De repente, cuando abandonaba la cabina telefónica, Adams tuvo una idea.

Iría otra vez a la lujosa villa de Vincent. A lo mejor se les había escapado algo importante la primera vez que estuvieron allí.

* * *

Di Blasio dejó el cuchillo de cocina sobre la mesa que había en la misma con un gesto de abatimiento. Nunca se había sentido tan mal, pero no era lo bastante hombre como para suicidarse.

Pero él sabía que sería incapaz de vivir el resto de su vida con aquel remordimiento sobre su conciencia. Él, que siempre había presumido de profesional intachable, él que siempre había atacado la corrupción en el boxeo, era ahora el primer corrompido.

¡Y toda la culpa la tenían aquellos malditos promotores! Ellos jugaban con los demás a su antojo, les manejaban como si fueran marionetas. ¡Había que acabar con todos de una vez!

Cuando sonó el timbre de la puerta, sufrió un terrible sobresalto. Si era Miriam, le diría que se fuera. Pero no era su amiguita. Era el inspector Adams.

—¿Otra vez usted? —le preguntó Di Blasio de mala gana.

—¿Puedo entrar?

—¿Puedo acaso negarme? —Di Blasio echó a andar hacia el saloncito seguido del policía.

—¿Sabe de dónde vengo? —le preguntó el policía.

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa?

—He estado en la villa de Vincent. De pronto se me ocurrió que podía habérsenos pasado algo por alto. Y así fue.

—Bueno, ¿y a mí qué me cuenta?

—He encontrado una cinta en la grabadora de Vincent. Una cinta muy interesante. En la misma se habla de un periodista llamado Di Blasio. ¿Quiere oírla?

—No es necesario —respondió este con voz apagada—. Sé lo que dice.

—Voy a tener que llevármelo a Scotland Yard, Di Blasio —le dijo Adams—. Creo que es usted el asesino que ando buscando.

CAPÍTULO VI

Cuarto y último asalto

—Te veo muy risueño, cariño —le dijo Jenny dejando de teclear su pequeña máquina de escribir portátil.

—Tengo motivos para estarlo —le respondió Adams—. Creo que esta vez he atrapado al asesino.

—¿De verdad? —preguntó la muchacha lanzándose al cuello del policía—. ¡Eso es maravilloso! ¿Podré contárselo a mis lectores?

—Todavía no, nena. Faltan algunas pruebas...

—¿De qué se trata?

—¿Me prometes que guardarás el secreto?

—¿Es que aún no te fías de mí, John?

—Di Blasio.

—¿El periodista?

—Ahora está en Scotland Yard. Mira, aquí tengo la prueba. Una cinta magnetofónica.

—¿Dónde la has conseguido?

—Se me ocurrió volver a la villa de Vincent. Quiero que la escuches.

Adams la puso en la grabadora y pulsó el botón de arranque.

«Ese puerco de Di Blasio nos hace chantaje. Además de un mal nacido es un ambicioso. Pero tiene la sartén por el mango. Sin embargo, yo no pienso pagar. Allá los demás. Me importa un bledo lo que puedan hacer Morris, Biley o McGregor. Me tiene sin cuidado. Pero hay que tomar cartas en el asunto. Di Blasio es peligroso. Si es preciso...»

La cinta terminaba aquí.

El policía miró a la muchacha.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Qué te parece?

—Hay algo que no entiendo.

—¿Qué es ello?

—¿Por qué grabó eso Vincent? ¿A quién iba dirigido?

—A alguna organización de asesinos a sueldo. Vincent había decidido eliminar a Di Blasio llegado el caso. El motivo está claro. El periodista le estaba sometiendo a chantaje.

—¿Qué clase de chantaje?

—Di Blasio sabía muchas cosas que ni a Vincent ni a los demás les

interesaba que se supieran. Arreglos de combates, compra de boxeadores y todo eso. En una palabra, les tenía cogidos por la corbata.

—Pero...

—¿Si?

—¿Por qué motivo tenía que asesinarles Di Blasio? ¿Por qué razón, John? Era como matar a la gallina de los huevos de oro.

—Acabas de dar en el clavo, nena.

El policía encendió un cigarrillo y se quedó pensativo durante un instante.

—Eso es lo que no entiendo, Jenny —dijo finalmente—. Si Di Blasio tenía planeado sacarles dinero a Vincent y a los otros, ¿por qué asesinarles?

—Para que no hablaran... —dijo Jenny.

—Es una posibilidad Ahora, lo que tenemos que comprobar es si le entregaron alguna cantidad de dinero a Di Blasio.

—Ya has oído a Vincent. Él no pensaba pagar.

—Bueno, se dicen muchas cosas. Luego se suele cambiar de opinión cuando algo va mal. Pero yo estoy casi convencido de que Di Blasio es el asesino a pesar de que todavía faltan algunos cabos por atar.

—¿Corazonada de policía? —sonrió Jenny.

—Sí, creo que sí. Ahora tengo que probar que no estoy equivocado.

—¿Tienes algún plan?

—Todavía no... pero ya se me ocurrirá algo.

—¡Eres el mejor policía del mundo, John! —exclamó ella rodeándole con sus brazos.

—Y tú la mujer más maravillosa que he conocido nunca...

* * *

Biley aún no se había repuesto del último susto. Desde que abandonara Scotland Yard, se sentía mal y ni siquiera aquella velada de boxeo en la que tenía puestas tantas esperanzas de conseguir dinero, hacía que se sintiera mejor.

Tenía los ojos puestos en el cuadrilátero donde los dos boxeadores se estaban zurrando de verdad con una ligera ventaja a favor de Benson. Sin embargo, no podía concentrarse en la pelea.

Porque ahora Biley, además, tenía miedo.

Un miedo atroz de ser asesinado como les había ocurrido a Vincent, Morris y McGregor.

Él podía ser el siguiente y esa idea le estaba torturando el cerebro.

El griterío del público le hizo despertar de aquellas funestas cavilaciones.

Biley se puso de pie y abandonó su asiento bajo la interrogante mirada de su amiguito Freddy, el cual le siguió poco después y ambos se reunieron

en el bar.

—¿Qué diablos te pasa, Johann? —le preguntó el joven.

—No me encuentro bien.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—¡Sí, tengo miedo! Miedo de todo lo que está pasando y de que yo pueda ser la próxima víctima.

—Llevo pensando en eso toda la semana, Johann —le dijo Freddy—, y creo que lo mejor que podemos hacer es largarnos de la ciudad.

—¿Marcharnos? ¿Adónde?

—A Escocia, por ejemplo.

El promotor miró a su amiguito.

—¿Sabes que no es mala idea? Con lo que saquemos esta noche, podríamos vivir desahogadamente una temporada hasta que todo haya pasado.

—Claro.

—Eres un gran chico, Freddy. Vamos a casa. Prepararemos el equipaje. Nos iremos mañana mismo. No aguanto más.

Salieron del local y se dirigieron al coche. Lo habían dejado aparcado en un callejón sin apenas tránsito.

Johann estaba demasiado nervioso para conducir así que fue su amiguito Freddy quien se puso al volante.

Cuando arrancaron, otro vehículo salió inmediatamente detrás de ellos.

* * *

Di Blasio estaba agotado a causa del intenso interrogatorio. El periodista parecía haber envejecido diez años en las últimas horas.

Adams le hizo un gesto al compañero que le estaba interrogando en aquel momento para que abandonara la habitación donde la única luz partía de un pequeño foco dirigido a Di Blasio.

Cuando los dos hombres se quedaron a solas, el policía le ofreció un cigarrillo.

—Están equivocados, inspector —susurró el periodista—. Yo no he matado a ninguno de esos promotores. ¡Le doy mi palabra de honor!

Adams se recostó en la pared. Empezaba a creer que el muchacho estaba diciendo la verdad.

—Di Blasio...

—¿Sí?

—¿Por qué había decidido eliminarte Vincent?

El periodista guardó silencio.

Dio una profunda chupada a su cigarrillo y se volvió para mirar al policía.

—Porque sabía lo suficiente acerca de sus manejos como para enviarle

a la cárcel durante una larga temporada.

—¿Por ejemplo?

—¿Cuántos combates cree que había apañado ese sinvergüenza?

—Supongo que muchos.

—Más de cincuenta. ¿Y sabe cuántos boxeadores han muerto por su culpa?

—No tengo ni idea.

—Yo sí. Siete. ¡Siete hombres a los que Vincent envió a la muerte por unas miserable libras, inspector!

Bruce Cody, Jimmy Kane, Dick Gold, Gino Lacambra...

—¿Lacambra? ¿El aspirante al título que ostenta el americano Tulley?

—El mismo. Murió en el hospital, destrozado.

—Eso ocurrió en el 68, ¿no es así?

—Sí, inspector. Exactamente el 14 de mayo de 1968. Todos esos hombres murieron por culpa de Vincent y yo tenía pruebas. Pruebas muy concretas. Mi error, fue intentar chantajearle.

—Te buscaste una amiguita ambiciosa, Di Blasio.

Bien, vete a casa.

—¿A casa? ¿Quiere decir que estoy libre?

—Por el momento. Pero no se te ocurra abandonar la ciudad o podrías lamentarlo el resto de tu vida.

—¡Gracias, inspector!

—Y un buen consejo. Deshazte de Miriam.

Di Blasio abandonó la habitación y el policía arrojó la colilla al suelo.

Luego, se sentó en la misma silla que poco antes había ocupado el periodista.

Tenía la impresión de que volvía a estar como al principio, es decir, en blanco. Era para desesperarse.

—Jefe...

Se volvió.

Era el bueno de Sabatini con una taza de café bien caliente.

—He visto salir a Di Blasio —le dijo a Adams entregándole la taza.

—Le he soltado porque en realidad no hay nada contra él excepto una cinta magnetofónica en la cual Vincent insinúa que quiere eliminarle. De todos modos, voy a ordenar que lo vigilen. Por cierto. ¿Qué se sabe de Popsy?

—Nada por ahora, jefe. Su actitud es completamente normal. Al parecer es un tipo de costumbres espartanas; del gimnasio a casa y viceversa. Jefe...

—¿Sí, muchacho?

—¿Y si está equivocado?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si Di Blasio es culpable? Los de arriba no le perdonarían que lo haya dejado en libertad.

—Tendré que correr ese riesgo, Sabatini.

En aquel momento sonó el teléfono que había sobre la mesa.

Sabatini se apresuró a descolgarlo. Después de escuchar unos segundos, le entregó el auricular a su jefe.

—Es un tal Miller.

—¿Qué hay, David?

—Tengo algo para usted, inspector —le dijo el periodista.

—¿Dónde está ahora?

—En el *pub* Te Word. ¿Lo conoce?

—Sí. Estaré ahí dentro de quince minutos.

Adams colgó y se puso en pie.

Iba a salir cuando se volvió.

—Sabatini, llama a Jenny a la revista *Murder* y dile que pasaré a recogerla alrededor de las nueve y media, ¿quieres?

—Sí, jefe. Lo haré.

* * *

Cuando Adams abandonó Scotland Yard, estaba lloviendo. Se metió en su coche y unos veinte minutos más tarde llegaba al *pub* The Sword. Era un acogedor local especializado en cerveza irlandesa. Estaba siempre repleto de público.

El policía vio a David Miller sentado a una mesa viendo cómo jugaban una partida de dardos.

Cuando se acercó hasta él, el periodista levantó la cabeza y le hizo un gesto para que se sentara.

—¿Qué hay de nuevo, David? —le preguntó Adams.

—¿Ha oído hablar de Steve Garret?

—¿El excampeón de los plumas?

—El mismo. Ahora está de camillero en el Hospital Central. Le tienen allí por lástima. Está bastante sonado. Steve tenía un hijo que se dedicaba al boxeo. Un muchacho que prometía mucho. Pues bien, Vincent se hizo cargo de ese muchacho y apañó un combate para que el nombre del chico empezara a sonar en los medios boxísticos. Un combate que resultó fatal para el hijo de Garret, puesto que su adversario se volvió atrás del trato que había hecho con Vincent y le dio una paliza tan grande que tuvieron que internarle medio muerto. El muchacho estuvo debatiéndose tres semanas entre la vida y la muerte. Afortunadamente se recuperó y juró que se vengaría de Vincent y de todos los de su calaña. He estado hablando con el padre de ese chico. Steve Garret no sabe dónde está su hijo, ha perdido su pista. ¿Qué le parece?

—A simple vista, me parece bien. Ahora es necesario encontrar a ese muchacho.

—Bien, Adams. Eso ya es cosa suya. Yo he hecho lo que le prometí.

—Gracias, David. Lo tendré en cuenta.

* * *

Después de haber hecho el equipaje, Johann Biley se metió en la cama. Ahora se sentía algo más tranquilo sabiendo que al día siguiente iba a abandonar Londres.

Sin embargo, no le fue fácil conciliar el sueño. Pensó que lo mejor que podía hacer era tomarse un somnífero.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño sin apercibirse que la puerta de su habitación se abría lentamente y aparecía una sombra, alguien que llevaba consigo un espectacular cuchillo.

Biley se tomó la pastilla y regresó a la cama y fue en el instante de meterse en la misma, cuando aquella sombra apareció de improviso y se arrojó sobre él.

Biley tuvo tiempo de gritar antes de que el cuchillo se clavase brutalmente en su vientre y cayese sobre la cama vomitando sangre.

* * *

Adams, que se encontraba en el mejor de los sueños, se despertó sobresaltado cuando sonó el teléfono que había sobre su mesita de noche.

—¿Sí?

—Soy Sabatini, jefe.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—El asesino ha vuelto a hacer de las suyas. Esta vez la víctima ha sido Biley.

Adams soltó una maldición.

—Sin embargo —añadió su ayudante—, en esta ocasión ha habido suerte.

—¿A qué te refieres?

—Biley sigue con vida.

—¿Qué? ¿Dónde está ahora?

—Lo han trasladado a la clínica Regent.

—¡Voy para allá ahora mismo!

El inspector se vistió a toda velocidad y media hora después llegaba a la clínica.

Sabatini le esperaba en el vestíbulo.

—Ahora está en el quirófano, jefe —le informó—. Los médicos creen que podrán salvarle.

—¿Qué ha pasado exactamente?

—El asesino atacó a Biley, pero este tuvo tiempo de gritar. Afortunadamente para él, su amiguito Freddy oyó el grito y fue corriendo a la habitación con una pistola. En ese mismo instante el asesino se disponía a saltar por una ventana. Freddy disparó sobre él y jura que le alcanzó.

—¿Dónde está Freddy?

—Arriba, esperando junto al quirófano.

—Vamos.

Encontraron al muchacho pálido como un muerto. Estaba sentado en una silla, con la cabeza inclinada.

—Freddy...

El aludido levantó la cabeza.

—Hola, inspector.

—¿Pudiste verle?

—No. Estaba demasiado oscuro. Pero le alcancé. Sé que le alcancé.

—Está bien. Cálmate.

Adams quedó pensativo y murmuró:

—A lo mejor, Biley sí pudo verle.

CAPÍTULO VII

K.O.

Más tarde, el inspector Adams pudo comprobar por sí mismo que, en efecto, el asesino había sido alcanzado por los disparos de Freddy. Se encontró un reguero de sangre que iba desde la ventana de la habitación de Biley hasta el lugar donde aquel había dejado aparcado el coche.

Adams, después de conversar unos momentos con el forense, se dedicó a echar un vistazo por la casa. Entró en el lujoso despacho de Biley, repleto de fotografías de boxeadores y de algunos trofeos y banderines conmemorativos.

Le llamó la atención una de aquellas fotografías, En la misma aparecía Biley en compañía de McGregor, Vincent y Morris. Eran los viejos tiempos, cuando al parecer, aún no se habían convertido en acérrimos enemigos...

Abrió los cajones de la mesa de despacho. Encontró un montón de papeles y facturas. Nada de todo aquello tenía la menor importancia para la investigación.

Volvió a echar un vistazo a las fotografías antes de abandonar definitivamente el despacho y cuando ya se encontraba en el corredor, se volvió atrás. De pronto, le parecía haber descubierto algo que aunque de momento no le había dado ninguna importancia, ahora le ocurría todo lo contrario.

Se trataba de una de aquellas fotografías.

En la misma aparecían Vincent y Biley en un campo de entrenamiento. Junto a ellos había un boxeador. Adams lo reconoció inmediatamente. Se trataba de Gino Lacambra. Pero no fue aquello lo que había llamado su atención, sino el niño que estaba junto a Lacambra. Tendría unos diez años más o menos.

Adams cogió aquella fotografía y se la llevó con él...

* * *

Media hora después se la entregaba al encargado del departamento fotográfico de Scotland Yard para que hiciera una ampliación de aquella fotografía a un tamaño de 40x40.

Luego, regresó al lugar donde estaba internado Biley.

Freddy le informó que su amigo evolucionaba favorablemente.

—¿Puedo hablar con él? —le preguntó el inspector.

—Inténtelo.

Adams se acercó a la cama. Biley estaba muy pálido. Tenía los ojos cerrados.

—Biley... —llamó el policía.

El promotor abrió los ojos y le miró.

—Hola... inspector... Me... me he salvado de una buena, ¿verdad?

—Eso parece. Biley, ¿vio al hombre que le atacó?

Biley movió la cabeza negativamente.

—¿Está seguro? —insistió Adams.

—Por completo. Estaba muy oscuro y fue todo tan rápido... Lo único que recuerdo es que...

—¿Qué, Biley?

—Que llevaba un anillo en la mano derecha... en la misma mano con la que empuñaba el cuchillo... brillaba mucho... era bastante grande, inspector... Eso es lo único que puedo... recordar...

—Gracias, Biley.

Adams se apartó de la cama, pensativo.

—¿Le es de alguna utilidad lo que le acaba de decir Johann, inspector? —le preguntó Freddy.

—El caso es que... yo conozco a alguien que lleva un anillo así, pero ahora no recuerdo quién es...

Adams salió al corredor para comprobar que se encontraran allí los dos policías que había pedido a Scotland Yard para que vigilaran a Biley mientras este estuviera en la clínica. No quería sorpresas si el asesino llegaba a saber que no había matado al promotor.

Regresó a Scotland Yard.

Sabatini le estaba esperando con un cigarrillo en los labios y una taza de café en las manos.

—¿Quiere una? —le preguntó a su jefe.

—No. ¿Te han entregado la fotografía?

—Aún no, jefe.

—¿A qué diablos están esperando?

—Deben tener mucho trabajo.

—¡Esto es importante! —gruñó Adams encendiendo un cigarrillo. Luego se dejó caer en su butaca.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Sabatini.

—Sí. Solo que estoy intentando recordar a alguien que lleva un gran anillo en la mano derecha.

—¿Qué?

—Olvídalo, Sabatini.

De repente sonó el teléfono.

Sabatini lo descolgó con rapidez.

Luego se lo entregó a su jefe.

—Es la señorita Jenny.

—¿Qué hay, cariño? —preguntó Adams.

—Hace una eternidad que no sé nada de ti, John. ¿Ocurre algo?

—Muchas cosas.

—¿Sí? ¿Interesantes?

—Es posible. Nos veremos a la hora del almuerzo en el bar de costumbre. ¿Te parece bien?

—De acuerdo. Llevaré mi magnetófono —se rio la muchacha.

Apenas hubo colgado el teléfono, entró en el despacho un hombre calvo con una bata blanca. Le entregó a Adams la ampliación que había pedido. Sabatini miró por encima del hombro de su jefe.

—¿Para qué quiere eso? —le preguntó.

—Mira a ese niño, Sabatini —le respondió Adams—. ¿No te recuerda a nadie?

—Pues no...

—Míralo bien.

Sabatini hizo lo que el inspector le había ordenado y al cabo de un momento exclamó:

—¡Sí! Tiene razón, jefe. Me recuerda a alguien, pero ahora no caigo...

—David Miller, el periodista.

—¡Claro!

* * *

Jenny recibió al inspector con una sonrisa.

—Hola, John.

—Hola, Jenny... —Adams se dejó caer en el asiento—. ¡Uf! ¡Estoy reventado!

—Sí, tienes mala cara.

—Llevo dos noches sin dormir. Pero creo que muy pronto voy a poder hacerlo a pierna suelta...

—¿Significa eso que estás sobre la pista del asesino?

—Todavía no lo sé. Es pronto para decir nada, Jenny. No quiero volver a equivocarme como ocurrió en el caso de Di Blasio.

Ella puso en marcha su magnetófono.

—Eso es interesante —dijo sonriendo—. Así que Di Blasio ya está totalmente descartado...

—Totalmente, no. Pero casi.

—¿Alguna nueva pista?

—Sí. Una. Cierra ese aparatito, Jenny.

Ella obedeció.

Adams cerró los ojos y se recostó en el asiento.

—Hay cosas que no conviene que el público sepa hasta que estén totalmente aclaradas, nena —murmuró.

—Comprendo. ¿De qué se trata? Bueno, si es que puedes decírmelo.

—No puedo decírtelo, Jenny... —Adams abrió los ojos y sonrió—. Ni siquiera a ti. Todavía no.

—Está bien. Pero eso me hace pensar que se trata de algo muy importante.

—Es posible.

Comieron en silencio. Jenny observó que Adams estaba más pensativo que de costumbre.

El inspector miró su reloj.

—Tengo que marcharme.

—Así, ¿de repente?

—Lo siento, nena.

—John, ¿pero qué diablos te pasa? Estás muy raro.

—Te llamaré esta noche —respondió él y abandonó precipitadamente el bar.

Dos manzanas más lejos se reunió con Sabatini, el cual le estaba esperando en un coche.

Atravesaron Trafalgar Square y torcieron por Dunhill.

Diez minutos después, se detenían ante un viejo edificio de piedras grises convertido en apartamentos.

Sabatini se apeó del coche y se metió en una cabina telefónica. Hizo una llamada y cinco minutos más tarde, regresaba al vehículo.

—No responde nadie —le dijo a Adams.

—Entonces, vamos allá.

Entraron en el viejo edificio y subieron hasta el cuarto piso. Sabatini utilizó una ganzúa para abrir la puerta que ostentaba el número 45 B.

El apartamento de David Miller, no era demasiado grande.

—¡Qué bien huele! —exclamó quedamente Sabatini.

—Sí... —murmuró Adams.

Utilizando su indudable experiencia, registraron todos los rincones del mismo.

—¡Mire esto, inspector! —dijo Sabatini.

Adams se acercó a su ayudante.

Se trataba de algunas fotografías tomadas en 1968 en las que estaba con Gino Lacambra durante un entrenamiento de este. Era el mismo niño que estaba en la foto que Adams había encontrado en la casa de Biley.

—Creo que ya no hay ninguna duda —murmuró Adams.

—Pero ¿qué tiene que ver David Miller con Gino Lacambra, inspector?

—Me parece que ya tengo la respuesta, Sabatini —respondió el policía.

Adams se guardó aquellas fotografías en un bolsillo. Luego echó un vistazo a su alrededor. Había una puerta junto al pequeño bar instalado en un rincón.

Adams se dirigió hacia allí y la abrió.

Era el dormitorio.

La cama estaba revuelta y cuando el policía se acercó a la misma, descubrió manchas de sangre.

—¡Sabatini!

Su ayudante corrió a su lado.

—Mira esto.

—¡Sangre!

—Nuestro amigo está herido... —murmuró el policía.

* * *

Cuando Adams llegó a su apartamento, encontró a Jenny en la cama, durmiendo.

Estaba completamente desnuda.

¡Era tan hermosa!

El policía se sentó en la cama y acarició la espalda de la muchacha. Ella abrió los ojos y al verle, sonrió.

—Hola, cariño... —le dijo.

Adams la besó en los labios y luego, empezó a desnudarse.

—Me alegro de encontrarte aquí, Jenny. Esta noche necesitaba la compañía de alguien.

El inspector se metió entre las sábanas y acto seguido sintió el cálido contacto del desnudo cuerpo de Jenny. Él la abrazó y la besó en los cabellos.

—Creo que estoy llegando al final de la historia... —murmuró finalmente el inspector.

Adams cerró los ojos con placer cuando la experta mano de Jenny acarició sus puntos más vulnerables.

—Si sigues así no voy a poder seguir hablando —se rio él.

—Es igual Ya lo harás mañana. Ahora solo quiero que te sientas feliz, cariño.

—Tengo que darte una mala noticia, Jenny —dijo el inspector—. Pero me has de prometer solemnemente que guardarás el más absoluto secreto hasta que todo esté totalmente aclarado.

—¿De qué se trata?

—Creo que ya conozco la identidad del asesino de los promotores de boxeo.

—¿Quién es?

Un buen amigo tuyo.

—¿Un amigo mío? ¿A quién te refieres?

—A David Miller.

La muchacha encendió la luz de la lamparilla y miró con asombro a Adams.

—¿Miliar?

—El mismo.

—Pero... ¿estás seguro de lo que dices, John?

—No al cien por cien, pero existen un ochenta por ciento de posibilidades de que se trate de él.

Jenny se recostó en la cama, pensativa.

—No puede ser... —dijo al cabo de un rato—. ¿Por qué iba David a querer asesinar a esos hombres? ¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla. Su nombre no es David Miller.

La muchacha volvió a mirar a Adams con asombro.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué no se llama David Miller?

—No. Su verdadero nombre es Nico Lacambra.

—¿Nico Lacambra? —replicó ella como una estúpida—. ¿Y por qué diablos se cambió el nombre?

—Esa es la verdadera razón de esta historia, nena. Pero ya te la contaré mañana. Ahora me muero de sueño.

—¡Oh, no! ¡No, John! ¡Ahora no te permito que me dejes con esta incertidumbre! ¡Quiero saberlo todo! ¡Despierta! ¡Despierta!

Al día siguiente, cuando Jenny se despertó, comprobó que Adams ya se había marchado.

Le había dejado una nota en la que decía:

«Esta noche celebraremos mi victoria. Te quiere, John».

Jenny se vistió y abandonó rápidamente el apartamento de su amigo.

* * *

Sabatini miró de reojo a su jefe. Nunca le había visto de aquel modo. Adams estaba lívido, tenso, aferrado al volante del coche y con la mirada perdida.

—¿Quiere un cigarrillo, jefe? —le preguntó.

—No.

Sabatini encendió uno y guardó silencio durante unos instantes. Después volvió a mirar al inspector. Adams seguía en la misma actitud.

—Está usted en un error, jefe —le dijo Sabatini rompiendo aquel tenso silencio.

—No lo estoy. ¡Ojalá tuvieras razón!

—Pero...

—¡Silencio, Sabatini! —le ordenó Adams—. No conseguiremos nada haciéndonos este tipo de cábalas. Lo único que tenemos que hacer, es esperar.

Y esperaron por espacio de unos quince minutos, al cabo de los cuales, Jenny salió del edificio donde el inspector tenía su apartamento. Adams puso el coche en marcha cuando vio que la muchacha se metía en su Mini Morris.

La siguieron por varias calles de la ciudad donde el tráfico era cada vez más denso.

—Se dirige a las afueras de Londres —murmuró Sabatini mirando de reojo a su jefe.

El rostro de este parecía una máscara.

Tal como había previsto Sabatini, Jenny dejó atrás el centro de la ciudad, se metió por la autopista que llevaba a South Avon y siguió por ella hasta un desvío. Cogió este y se detuvo al cabo de unos diez minutos frente a una casa que parecía abandonada, situada en pleno bosque, apartada y silenciosa.

Los dos policías aguardaron a que la muchacha se metiera en la misma y a continuación se apearon del coche.

Sabatini observó que Adams echaba mano a su pistola y él hizo lo mismo.

—Ve con mucho cuidado —le advirtió el inspector a su ayudante—. Ese tipo es peligroso. Y si se ve acorralado no dudará en disparar.

Cruzaron el lindero y se internaron en el bosque hasta llegar a la casa. Se metieron en la misma. Había una escalera que conducía hasta una única puerta.

Los dos hombres se detuvieron ante la misma.

Sabatini vio que su jefe estaba sudando y que la mano que sostenía el arma, temblaba.

Adams dio una violenta patada a la puerta y cuando entraron en el pequeño dormitorio, descubrieron a David Miller tumbado en la cama. Tenía un hombro vendado. A su lado, estaba Jenny.

La mirada de la muchacha y de Adams se cruzaron.

Él la miró con odio.

Ella, con miedo.

EPÍLOGO

El inspector Adams estaba en el pequeño vestíbulo que había junto a la puerta que conducía al despacho del superintendente Alf Wilson. Fumaba en silencio, esperando que aquella puerta se abriese para luego hablar sobre algo de lo que hubiera preferido no hablar nunca.

Finalmente, la puerta se abrió y apareció un sonriente y risueño superintendente con la mano extendida.

—Felicidades, Adams.

—Gracias, señor.

—Entre y cuéntemelo todo.

El inspector tomó asiento frente a su superior.

—Ha sido un trabajo excelente, Adams —dijo este—. Realmente, estoy muy orgulloso de usted.

—Gracias... —volvió a decir el inspector que ya empezaba a estar harto de toda aquella absurda comedia. Lo que él quería era largarse de allí, muy lejos y olvidarlo todo.

—Bueno, adelante, Adams. Le escucho.

—Gino Lacambra fue una de las muchas víctimas de Vincent. El 14 de mayo de 1968, murió en un hospital a consecuencia de las heridas recibidas durante un combate apañado. Al morir, su hijo Nico se encontraba a su lado y juró vengarse de aquella muerte.

El superintendente se echó hacia atrás en su asiento.

—Y bien que lo ha hecho. Siga, Adams.

—Bueno, ya hay poca cosa más que contar. Nico Lacambra cambió su nombre por el de David Miller. Era entonces un reputado periodista deportivo, pero no aquí en Londres, sino en Birmingham. Naturalmente, a la persona que más odiaba era a Vincent y por eso fue al primero que asesinó. Pero en su lista también figuraban los demás. Solo falló con Biley y gracias a eso, pude descubrir el resto. Cuando el promotor me habló del anillo que llevaba el asesino, recordé luego que lo había visto en la mano de David Miller. Ese detalle, unido a lo de la fotografía, no dejaba lugar a dudas. El periodista era el asesino que andábamos buscando.

—¿Por qué sospechó también de Jenny?

—Al registrar el apartamento de David Miller, nos encontramos con algo que yo conocía muy bien; el rastro de un perfume llamado Noches de Bagdad. Era el que utilizaba Jenny. Naturalmente, podía tratarse de una coincidencia. No creo que ella sea la única que lo usa en Londres. Pero fue David quien me envió a la muchacha y estaba claro que lo hizo para

espiarme, para contarle a su amigo todo lo que yo iba descubriendo. Fui un estúpido. La belleza de esa chica, nubló totalmente mi cerebro y no me di cuenta de que estaba burlándose de mí...

—Eso le hubiera podido pasar a cualquiera, Adams. No tiene que reprochárselo en absoluto.

—Gracias por su comprensión, señor. Y ahora, si me lo permite, quiero ausentarme unos días de Londres.

—Por supuesto, inspector. Le concedo una semana de vacaciones.

Cuando Adams abandonó Scotland Yard, se sentía muy triste. Quizá fuese debido a la lluvia que estaba cayendo.

Pero no.

No era la lluvia.

Era la sensación de que había triunfado, era cierto, pero por otro lado, había descubierto de lo que es capaz la especie humana. Él había confiado ciegamente en Jenny y ella le había traicionado, se había estado burlando de un hombre que la quería únicamente para poder ayudar a un maldito asesino...

Realmente incomprensible.

Encendió un cigarrillo y se dirigió a su automóvil.

Esperaba que durante aquella semana se vacaciones, lo olvidaría todo.

Al fin y al cabo, él era un policía. Y se dice que los policías han de tener un corazón muy duro.

Pero eso es mentira.

F I N







EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.